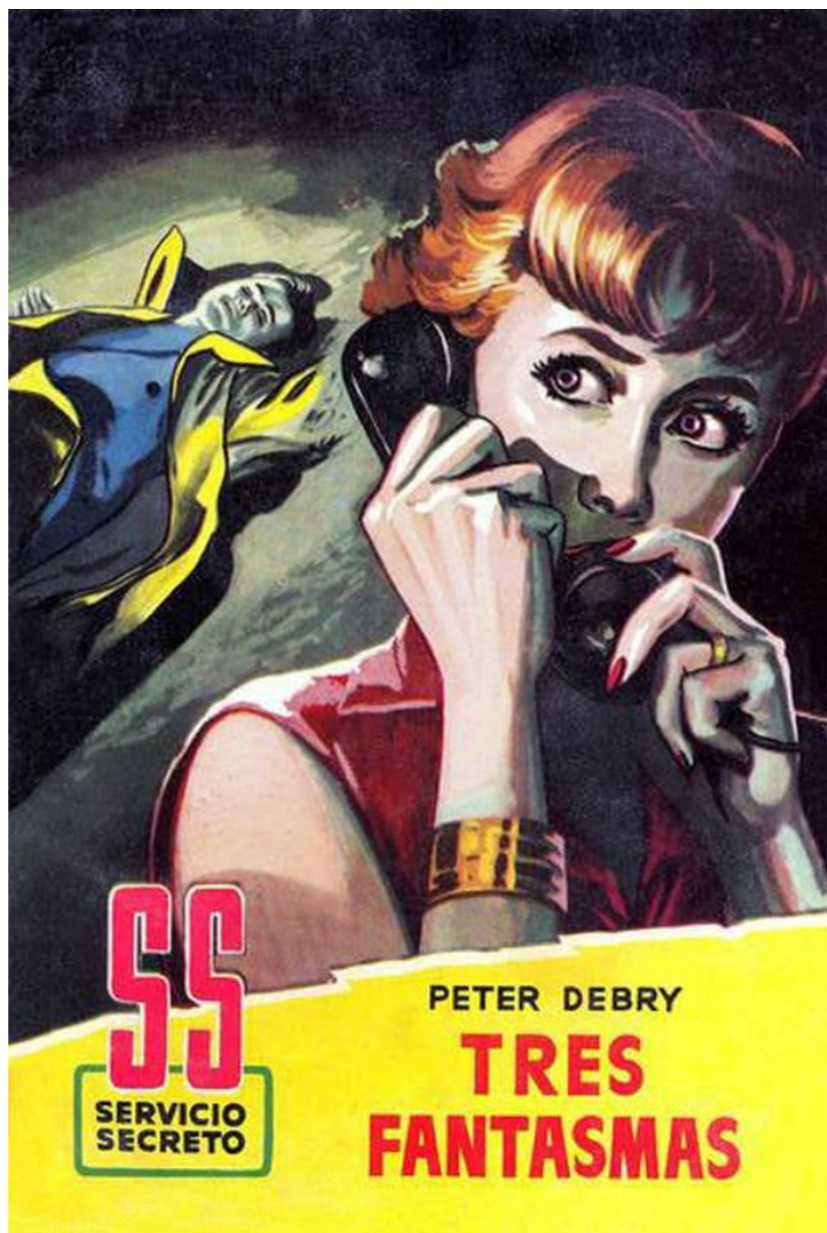




SS

**SERVICIO
SECRETO**

PETER DEBRY

TRES FANTASMAS

PETER DEBRY

TRES FANTASMAS

1ª EDICIÓN
OCTUBRE-1954



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

TRES fantasmas

Por PETER DEBRY



CAPÍTULO PRIMERO

—Es un privilegio que agradezco mucho, de veras —dijo Tony Rinaldo.

Forzó la entonación cínica, pero sus acompañantes permanecieron mudos, inexpresivos los rostros.

Tony Rinaldo entró en otra celda, más amplia. Y esperó a que cerraran la cancela, para saludar, también con fingida jovialidad:

—¿Qué tal, compadres? Ya os lo han comunicado. Nuestro alcaide nos concede el privilegio de departir juntos unas cuantas horas.

—Cierra el pico, Tony —refunfuñó Wilkie Reynolds.

En mangas de camisa, otro privilegio, los tres sentenciados a muerte, sólo llevaban como prendas indicando su procedencia de la guardarropía de

Sing-Sing,

el pantalón gris y las botas de elástico.

Alan Bulberry, de los tres el más inteligente, en opinión de la policía y jueces, dijo agresivamente:

—Ya no es tiempo de hacerse el gracioso, Tony. Ahora es cuando se trata de demostrar que sabemos aguantar como hombres.

Cesó Reynolds en sus cortos paseos, pero continuó mesándose los crespos cabellos. Su rostro agudo, de huidizos ojillos, se contrajo en mueca ácida, como si masticase limón.

—Discursitos ahora, no, jefe.

—¿Jefe? ¿Quién? —rió ásperamente Rinaldo—. ¿Este tunante?

Y su pulgar señaló en brusco avance a Bulberry, que sentado en la litera inferior de las dos del lado izquierdo, encendió otro cigarrillo con la colilla del recién apurado.

En la cancela repicó una porra de guardián, y ninguno de los tres miró al que advertía calmamente:

—No disputéis ahora, muchachos. Tenéis baraja, cigarrillos y un

jarrillo de licor por barba. No disputéis, muchachos.

Rinaldo respiró como si se atragantara. Alan Bulberry, exhalando una bocanada, comentó:

—Hay que ser imparciales, Tony. Este que acaba de tratarnos con tanto cariño, es compañero de los dos que nosotros enviamos al otro barrio.

—¡Y están rondando como cuervos, escuchando cuanto hablamos! ¡Esto es insoportable! —Se acaloró Reynolds.

—Cálmate, Wilks. No querrás que luego lean en la prensa que en tu última noche diste el espectáculo. Y mañana habrá quien lo leerá... Piensa en esto, Tony. Piensa en esto, Wilks. Como lo estoy pensando yo día y noche, hora tras hora, minuto tras minuto.

Los dos «gangsters» miraron con repentina curiosidad al que hasta que la policía los detuvo en accidentada persecución, consideraban el «boss».

Un hombre astuto, infernalmente astuto, había dicho el fiscal. Y sin paliativos en su criminal carrera, porque había nacido en buen ambiente.

Alan Bulberry, levantándose, fue a ocupar uno de los cuatro taburetes empotrados en el suelo de losetas, fijo, al igual que la mesita baja.

Extendió con la zurda una baraja, y añadió:

—Nos pondrá los nervios entonados el echar una partida. Deja ya de rizarte los cabellos, Wilks. Y tú, Tony debes tener el valor de tus convicciones hasta el último instante. Proclamaste a grito pelado, en la vista del proceso, que fui yo el que os incitó a los dos. No te lo reprocho. Hiciste lo posible por salvar tu piel. Y del mismo modo que si, por un mil a cero, hubiéramos salido libres te hubiera asado a tiros, ahora... se acabaron las pequeñas mezquindades y sordideces de la mísera condición humana, que es la nuestra. No lo digas, Wilks, porque me lo figuro. No estoy haciendo el predicador. Las verdades no han de ofender... sobre todo, cuando nos quedan minutos...

Wilkie Reynolds, sentado, apoyó la cabeza en sus antebrazos cruzados sobre la mesa.

Dijo Rinaldo, despreciativo:

—¡Alza el pico, Wilks! Supiste disparar a bocajarro sobre uno de los que sin arma visible venía a detenerte, y ahora te acobardas.

—Déjale, Tony. Es que Wilks no siente tanto él irse al otro barrio como pensar que alguien puede beneficiarse de lo que no hemos podido disfrutar.

Wilkie Reynolds alzó la cabeza para mascullar, conteniendo su furor y miedo:

—¡Esto es lo que me mata, jefe! Pensar que otra...

—No lo pienses más, Wilks. Baraja... Id meditando los dos, que hacernos reproches ahora, es estúpido. Todo quedó dicho. Tú, Tony, trataste de achacarme los dos policías muertos a mí, pero los plomos que les sacaron eran vuestros. Tuyos y de Wilks. Después, me cargasteis la muerte del lapidario. Y en eso, la policía estuvo de acuerdo con vosotros. Da cartas, Wilks, El as que salga, señalará al que reparte.

Con abaniquero digital de su zurda, fue Wilkie Reynolds echando naipes y a la vez volviéndolos hacia arriba.

El as de tréboles quedó ante Alan Bulberry, que dijo:

—¿Lo veis? Hasta los naipes lo confirman. Yo soy el que reparte.

—No repartiste —susurró torvamente Rinaldo.

Rió entre dientes Bulberry, para ir formando dos paquetitos, que mezcló entre sí con rápidos movimientos del pulgar.

—Lo expliqué incansablemente, muchachos. Apenas salimos del domicilio del tallista, dio la alarma un vecino. Cuando el coche volcó, cada uno se lanzó por su lado. Teníamos que reunirnos en el «ferry» de Queens, dos horas después. Así quedamos, ¿no? Pero os detuvieron a poco. Y cuando yo me vi copado, me dio rabia pensar que los «pedruscos» pasasen a poder de los sabuesos. Los eché con su bolsita al mar. Otro tesoro más, muy al fondo, muy lejos de la mirada y de la mano...

Los dos «gangsters» miraron de nuevo el rostro anguloso de Alan Bulberry, que repartiendo naipes, guiñó repetidamente, en contracción de la ceja izquierda.

—Tened calma, muchachos, como dicen los guardianes. ¿Por qué maté a un tallista holandés? Para obtener un montón de pedruscos vírgenes de talla reconocible. Era mercancía muy vendible, sin clasificar. ¿Por qué mataste a un policía, Wilks? Para escapar, y poder vivir el resto de tus días ricamente. ¿Por qué acribillaste a otro policía, Tony? Por la misma razón. ¿Iba yo a permitir que alguien se aprovechara de nuestro trabajo?

Recogiendo sus naipes, Alan Bulberry los abrió. Le imitaron maquinalmente los otros dos.

—Sin resto ni envite. A descartar. ¿Cuántas, Tony? ¿Cuántas, Wilks?

—Valía aquello cerca del millón, jefe. Un millón...

—¿Y pudisteis creer ni un solo instante que iba a ser yo tan cándido como para dejar que se beneficiase nadie?

—Estuviste dos horas suelto, sin que nadie pudiera sacarte dónde te escondiste —insinuó Rinaldo.

—Por ahí, tratando de escapar. Y el abogado Jameson, un buen granuja, que llegó a asegurarme que me conseguiría el indulto si confesaba dónde había escondido yo el botín, tuvo que convencerse de que no hice más que arrojarlo al agua desde el embarcadero del «ferry».

—Tú... ¡no tiraste al agua aquello!... ¡Maldito seas, Bulberry! Ahora, ya, ¿qué importa todo?

—Mucho, Wilks, mucho. Nosotros nos vamos... pero queda gente. Queda, por ejemplo, tu novia. No digas más... Ya nos consta que la odias. Ella nunca te quiso. La tenías aterrorizada, dijo la pobrecilla.

Y bajando repentinamente la voz, añadió Bulberry:

—Ahora es cuando va a pasarse los pocos días que le quedan por vivir, sudando terror... Y también tu hermanita, Tony.

Alzó de nuevo la voz para mirar al guardián, que estaba por fuera tocando la cancela con el extremo de su porra.

—El reglamento exige que no hablemos en voz baja, guardia. De acuerdo. Les decía a estos chicos que hemos de demostrar valor.

El guardián siguió en su ronda de pocos pasos. Tres a cada lado de la puerta-reja.

—No fallará mi último golpe, os lo juro —dijo Alan Bulberry—. Y os dará valor el ir pensando que van a sudar terror, antes de morir, varias personas. Puede que algún día un chico de la Prensa califique lo que va a seguir, como «la venganza de los tres cadáveres»...

Saltaron de las manos de Wilkie Reynolds los naipes, y mesándose el cabello gritó:

—¡Que terminen ya con todo esto! ¡Los tres cadáveres!... ¡Sí, tres...!

—¡Dale, Tony! Le está entrando el ataque epiléptico.

Irrumpieron, llamados por el guardián, otros dos. Les costó trabajo reducir al convulso Wilkie Reynolds, al que sacaron de la celda.

Permaneció un guardián en el interior. Dijo:

—Ya pasó la media hora concedida, muchachos. Ahora irás a tu celda, Rinaldo. Despedíos.

En pie, Alan Bulberry dijo:

—Ya estamos despedidos. No me des la mano, Tony Rinaldo.

—¿Qué alusión hiciste acerca de Lina?

—Tu hermanita... lamentará tener por hermano a un cobarde como tú, que trató de salvarse contando sobre mi muchas cosas que la policía ignoraba.

Tony Rinaldo saltó con los puños en alto, pero otros dos guardianes impidieron la desagradable reyerta entre dos sentenciados a muerte, a los que esperaban ya los funcionarios que habían de conducirles a la cámara.

A solas con el guardián que le vigilaba, dijo Bulberry:

—Gentuza sin valor. Se acobardan. ¿Quieres un pitillo?

—Puede usted llamar al pastor, Alan Bulberry. Son las cinco y diez.

—Soy muy hombre yo, para...

—Cállese, Bulberry. No debe decir cosas así ahora.

El que acababa de atajarle era el alcaide. Venía acompañado de un funcionario, que no vestía el uniforme de guardián, sino una guerrera de paño pardo y pantalón recto del mismo paño, calzando botas de suela de corcho aglomerado.

Alan Bulberry se estremeció, pasándose la mano por los labios. El funcionario del uniforme pardo, un hombre de mediana edad, de aspecto apacible, cabello canoso, fríos ojos azules, avanzó.

El guardián se colocó a la espalda de Bulberry. Pero éste, paralizado de terror repentino, permaneció inmóvil, mientras el verdugo, inclinándose, cortaba limpiamente la pernera izquierda del pantalón presidiario.

Salió el verdugo, unos instantes. Al poco tiempo, bajó la luz.

Se oyó el bisbisear de un rezo, acompañando los pasos de varios hombres.

Gritaba Tony Rinaldo... Cesó su horrible y ronco griterío, y al

poco tiempo la luz tuvo otra caída de tensión.

—¡Fuera este hombre, fuera! —exclamó lívido, sacudidos los hombros por abyecto terror, Alan Bulberry.

Ya no quedaba en él la menor apariencia de fingida valentía. Era el asesino cobarde, incapaz de sostenerse en pie.

El verdugo le asió por un codo, y la fúnebre comitiva anduvo los veinte pasos que separaban la celda de la cámara de ejecución.

Alan Bulberry iba pronunciando incoherencias... Quedaron ante la recia puerta el alcaide, el pastor y los guardianes.

En el interior, el ayudante tenía ya dispuestos los electrodos. Alan Bulberry se apoyó con fuerza en el hombro del verdugo, que impasible siguió caminando hacia el estrado.

Bulberry decía frases incoherentes, que sólo oía él funcionario del uniforme de paño pardo.

Quedó sentado, ajustado bajo la rodilla un electrodo, y presos los antebrazos en el cierre del sillón.

Se retiró el ayudante, hasta permanecer a diez pasos, junto al grupo formado por el alcaide y funcionarios legalmente obligados a asistir a la ejecución del tercer «gángster».

El verdugo aplicó el casco. Los labios de Alan Bulberry seguían moviéndose a espasmódicas y trémulas sacudidas.

La palanca bajó, provocando la caída de tensión.

Media hora después, cuando ya el funcionario había trocado el pardo paño por un severo traje oscuro de paisano, y era acompañado hasta la salida de personal por el alcaide, éste preguntó:

—¿Dijo algo Bulberry sobre los diamantes?

—Dijo mil incoherencias incomprensibles, señor. Como todos ellos en este trance, señor. Hasta otra, señor.

El alcaide permaneció unos instantes mirando al que se alejaba. Un hombre de mediana edad, de aspecto apacible, cabello canoso y grandes ojos azules, que iba difuminándose en la lividez del amanecer desagradable de aquél trece de octubre de 1950.

CAPÍTULO II

—Es un caballero amable, discreto y muy tolerante.

—¿Muy tolerante? No comprendo, señora Smith.

—Bien saben ustedes que no me gusta hablar de los demás, ni meterme en las vidas ajenas, pero entre nosotros hemos de admitir que la sobrina del señor Burnett es un poquito libre en sus modales.

El tendero dejó de hacer maniobras en la balanza, y las dos conciudadanas de Middle Town miraron también con reproche a la murmuradora señora Smith, que sin arredrarse, prosiguió tras un previo suspiro:

—Les consta que Hazel Burnett cambia cada semana de vestido, y viene de Nueva York, muchas veces acompañada por jóvenes distinguidos, que la traen en su coche.

—Hazel es joven, bonita y simpática. Gana un magnífico sueldo en la compañía de seguros de Nueva York, y por encima de todo comentario, señora Smith, está la realidad de la honestidad indiscutible de Hazel Burnett —dijo de un tirón el tendero, poco comercialmente.

En Middle Town, pequeña ciudad distante treinta millas de Nueva York, había tres cosas indiscutibles: la placidez de su ambiente, la respetabilidad del señor Burnett y la deliciosa fascinación de Hazel Burnett.

La señora Smith lanzó un venenoso aguijonazo:

—Usted es como todos los hombres. Apenas una mujer luce unas piernas bonitas, están dispuestos a encontrarle muchas cualidades de las que habría mucho que hablar. Faltan ochenta gramos para el total. Piense más en su clientela, y menos en muchachas coquetas como Hazel.

—En realidad, Hazel obtiene beneficios de su amable simpatía, Berta —dijo una de las compradoras—. Cada seguro que consigue, es un beneficio.

—Hay maneras de obtener beneficios, Cloe. En mis tiempos...

—Corramos un tupido velo —rió el tendero—. Yo soy de sus tiempos, señora Smith.

Actuó de pacificadora, sin proponérselo, una de las mujeres.

—¡Miren! ¡Ahí va Haze!

—¡Otro coche nuevo! Digan que no es escandaloso.

El «Pontiac», conducido por un joven de perfil enérgico, vino a detenerse precisamente en el bordillo de la acera, frente al umbral de la tienda.

Y Hazel Burnett descendió. Un verdadero cromo del «Squire», pensó extasiado el tendero.

Las tres compradoras examinaron detalladamente el precioso combinado primaveral que, lucido por Hazel Burnett, hacía más radiante aquel agradable siete de mayo de 1951.

—Muy buenos días a todos. No me consideren una maldición para Middle Town, si les suplico me cedan turno. Tan sólo un paquete del insecticida para mi tío. Los rosales dichosos, y me he olvidado de adquirirlo en Nueva York. Además, prefiero el suyo, Oswald.

El tendero se precipitó al estante de insecticidas jardineros, y la señora Smith rezongó:

—Tienes siempre prisa, Hazel.

—La vida moderna, señora Smith. Gracias a todos. En la cuenta, Oswald.

Muy acorazado por vocación y profesión contra las seducciones femeninas, Rick Mortimer no pudo, sin embargo, evitarse el coincidir mentalmente con el tendero Oswald.

En su parado coche, y apoyado sobre el volante, no había peligro de estudiar detenidamente la armonía melódica que componía cada rasgo, cada ademán de Hazel Burnett.

Un cuerpo torneado como una tanagra o un mueble de genial artesanía. Un rostro que compendia delicadeza y sana alegría. Un cabello cobrizo que era miel sin empalago.

Y aquellos labios incitaban a pensar en claros de luna, en bosquecillos con manantiales, en toda la rima ingenua, tan ajena al práctico carácter del detective Mortimer, eje principal de la compañía de seguros, cuya máxima fundamental era:

«La denuncia de un robo de joyas hace sospechoso al

denunciante en primer lugar».

Máxima a la que añadía Rick Mortimer una personal:

«Y si la denuncia procede de hija de Eva, recuérdalo. La mujer es llanura, es abismo, es constante tentación, donde cae el más advertido».

Pero como no tenía nada en contra de Hazel Burnett, sino que hasta sentía casi un principio de lástima hacia ella, la veía a través de un prisma excepcional.

Con ternura amable.

Y elle, al sentarse junto al detective de la compañía «Blummen», demostró cierta penetración al decir:

—¿A qué debo la merced de ser contemplada fraternalmente por el duro, despiadado y misógino Rick Mortimer?

—La gente habla por hablar, Hazel. Le achacan a uno famas discutibles. Y nunca he sido misógino. Me gustan horrores...

—Todas en general, pero ninguna en particular.

—Será el lema, pero la verdad es que hasta ahora no tengo tiempo para enamorarme.

—Pero es usted el funcionario conquistador de la compañía «Blummen».

—Otra calumnia —sonrió el apuesto Mortimer—. ¿Hacia dónde?

—Recto hasta la tercera bocacalle, a la izquierda. Mi tío Preston es amante de la soledad, y eligió una casita que tiene la ventaja de estar cerca y a la vez lejos del centro. Usted mismo lo comprobará. Y también que mi tío Preston no tiene nada de común con usted. No es un «newyorker».

—¿Elogio o nueva crítica?

—No le critico, Rick. Me limito a repetir lo que de usted he oído. Para algo somos, aunque en distinto ramo, colegas. Una oye hablar del audaz detective Rick Mortimer, y casi se interesa. Que si es inteligente, que si en el mismo

«F. B. I.»

le consideran un colaborador eficaz, que si no se le resisten las damas... de determinada categoría, que si es un clásico «newyorker», inteligente pero irrespetuoso con los convencionalismos...

—Una imagen falsa, o al menos, será la que pueda imaginarse quien me conceptúe por mi actuación en el trabajo. ¿Acaso usted en

sus horas de asueto es charlatana con arrobos de talento para convencer? ¿Acaso a cada minuto ve en quien sea un posible cliente?

—Recto siempre ahora, y allá en aquel poste de gasolina, vire a la derecha. Es el sendero llamado con pomposa y pueblerina mentalidad, la Alameda de las Mimosas.

—El día que sea rico, elegiré un pueblo como éste. Cerca de las ciudades y lejos. Toda esta campiña parece pintada para reposo del ciudadano ahíto.

El sendero era amplio y flanqueado por hilera doble de mimosas. Cuatro chalets espaciados entre sí por los setos que encerraban bien cuidados jardines vergeles.

Cerraba el sendero una empalizada cuya rústica cruz dejaba ver el edificio de una sola planta, largo y de bien combinada estructura.

Techos de rojas tejas, de aleros pronunciados, blancas paredes por las que trepaban floridas enredaderas bien podadas, un amplio ventanal esquinado...

—Una casita de buen gusto, la del tío Preston —dijo Mortimer.

—La ha estado pagando desde hace veinte años, y será suya a fines del corriente año. No se moleste. Abriré yo. El tío Preston no me espera a esta hora, y estará arreglando el jardincillo posterior.

Cuando el «Pontiac» trazaba su semiarco, antes de detenerse al pie de los escalones que daban acceso a la galería, apareció Preston Burnett.

En mangas de camisa, cubriendo sus canosos cabellos con un sombrero de paja, protegiendo su ropa con delantal de cuero, en cuya bolsa de peto, llevaba las tijeras de podar.

Calzaba sandalias y producía la impresión de un rentista sin más ambición que envejecer saludablemente.

Pero el duro y poco sensible Rick Mortimer se estremeció cuando al ser presentado, tuvo que estrechar la diestra que presentaba aquel hombre de aspecto apacible y anchos ojos azules.

CAPÍTULO III

—Te presento a Rick Mortimer, tío Preston. Vino a buscarme al despacho, y entre colegas hay que ayudarse. Teme imponerte una molestia. Le he afirmado que eres la bondad personificada. Y ahora os dejo a vuestras anchas. Hoy por usted, mañana usted por mí, Rick. Trátalo con cuidado, tío. Es hombre de gran prestigio en las esferas de la alta policía. Llamadme cuando no sea indiscreta mi presencia.

Ambos esperaron unos instantes, y cuando ella hubo desaparecido al interior de otra habitación, atravesado el «*living*» visible por el ventanal esquinado, dijo Preston Burnett:

—Presentado por mi sobrina cuenta con mi máxima atención, Mortimer. Y no envejezca mis cuarenta años, con ceremoniosos tratamientos. ¿Le apetece un refresco?

—Gracias. Tal vez lo necesitemos —dijo Mortimer, siguiendo al que señalaba un toldo amparando del sol, una mesa y sillas de mimbre.

Preston Burnett levantó un compartimiento anexo a la mesa, y abriéndose los dos batientes que formaban la cubierta, apareció un refrigerador, con los herméticos compartimentos de cristalería frascos.

—Usted mismo, Mortimer —invitó siempre impasible Burnett.

Mientras se escanciaba un combinado de frutas, explicó Mortimer:

—Para su sobrina, mi visita obedece a cierta información que usted puede darme sobre unos antiguos conocidos suyos, a propósito de un robo de piedras preciosas. Sucedió en Nueva York.

—Frecuento poco la ciudad.

—Los lunes y viernes. Algunas veces los jueves de madrugada. Lo siento, señor Burnett. Tuve que indagar. Pero le doy mi palabra de honor de que sigue siendo secreto... su cargo especial.

No se inmutó el semblante casi ascético. Su mirada era apacible, quizá algo recelosa.

—Será verdad entonces lo que comentó Hazel. Ha de disponer usted de muy buenas relaciones en las altas esferas para conocer mi cargo estatal.

—Escuche, Burnett. Hace casi ocho meses que tengo un caso sin resolver. La noche del veinte de septiembre del año pasado, mataron a un tallista holandés en el barrio de Astoria. Desaparecieron ochenta y siete pequeños diamantes. Uno de los ladrones aseguró hasta la hora final, que había arrojado al mar el bolsín con los ochenta y siete diamantes de pequeño cuerpo, pero valiosos doblemente, porque eran de fácil venta. El tallista los había traído consigo de Ámsterdam. Y nuestra casa principal en Holanda había asegurado estos ochenta y siete guijarritos. Mi compañía ha pagado un millón y cuarto a los herederos. Estaban tasados en su valor de venta a joyero. Para los que mataron al tallista, la venta espaciada hubiera supuesto unos setecientos mil dólares. Tengo atribuciones para privadamente y sin acción judicial, pagar cien mil por los informes pertinentes que puedan conducirme a la recuperación del total de las piedras.

—¿Y en qué puedo yo serle útil, señor mío?

—Usted fue el último hombre en oír hablar a Alan Bulberry, el que afirmó haber arrojado al mar estas piedrecitas.

—Le oí, en efecto. Incoherencias desagradables de oír, por endurecido que uno esté en su profesión.

—Como usted quiera, Burnett. Le repito que llevo esta investigación con carácter netamente particular. Las compañías como la que represento, atienden a sus intereses y nada han de revelar, siempre que no haya de por medio delito de sangre.

—Su modo de hablar es correctísimo, Mortimer, pero es ofensivo lo que insinúa.

—Me suponía que llegaríamos a este instante. Como le indiqué, pronto hará ocho meses que recibí de mi compañía instrucciones de no abandonar la posible recuperación de las ochenta y siete piedras. Pagué buzos, dragados, por mero formulismo. El carácter de Bulberry no me permitió suponer que en las dos horas que estuvo, según él, buscando escondrijo, no halló lugar donde esconder el total de su latrocinio. Me relacioné con cuantas personas de cerca o

lejos tuvieron trato con los tres pistoleros. Karina Rinaldo, Mabel Mayo, el abogado Jameson... Y no pensé en usted como Preston Burnett, no. Sino en función de su cargo. Mi profesión recuerda un poco la de los arqueólogos, que a partir de un huesecillo han de reconstruir un esqueleto entero de dinosaurio. No puedo tirar ningún huesecillo. Y cuando estaba anunciada una ejecución, esperé pacientemente. Le vi llegar a las dos de la madrugada, entrando en Sing-Sing,

por la puerta del personal, y salir a las seis y minutos. Me alabo de saber seguir una persona.

—No es alabanza indebida, Mortimer.

—Gracias. Y aunque para su sobrina es la primera vez que nos vemos, yo llevo viéndole bastante, Burnett. Tengo su ficha personal. ¿Le molesta que la comente?

—Hemos llegado ya a un punto que le autoriza a todo.

—Lleva usted veinte años residiendo aquí. Un ama de llaves perfecta. Su sobrina procede del Oeste y reside desde hace dos años en esta casa. Un sólido rentista el señor Burnett, que efectúa semanalmente un par de viajes a Nueva York, para vigilar el buen curso de sus acciones y valores. Algunas semanas, en vez de irse el viernes al mediodía, se va el miércoles por la tarde. Es comprensible en un hombre soltero. Irreprochable habitante de Middle Town. Y frente al Estado, un funcionario irreprochable.

—¿Y frente a usted, Mortimer?

—No lo es.

—Puede creer que me tiene completamente sin cuidado su grosería. Y en consideración a Hazel, no le invito a irse.

—Yo confiaba en que usted fuera más sensato, Burnett.

—Porque lo soy, no recojo sus malévolas insinuaciones.

En pie, Rick Mortimer, fruncido el entrecejo, replicó:

—Usted manda, Burnett. Es dueño de callarse. Pero medite un poco. He estado un mes dedicándole suma atención. Le he visto podar rosales, cultivar su jardín, conducir su cochecito... ¿Prosigo?

—No se moleste por mí. Llamaré a Hazel. Le diré que me ha sido imposible facilitarle ninguna información. Pero le hago una advertencia, Mortimer. Tengo derecho a que mi vida privada sea respetada.

—No está en mi ánimo enturbiar nada que esté claro. Pero si

alguna vez desea hablarme, ésta es mi tarjeta.

La dejó sobre la mesa, y Burnett se dirigió hacia la casa. Apareció Hazel Burnett, sonriente:

—¿Todo en orden, señores?

—Todo en orden, Hazel. Tu tío Preston ha sido muy paciente conmigo. Cuando quieras te devuelvo a la ciudad y su vorágine.

La despedida fue correcta y cuando el «Pontiac» abandonaba ya la alameda de Mimosas, dijo ella:

—Te haré constar que valiéndote de haber ingresado en el muy reducido círculo familiar de los Burnett me has tuteado.

—Entre colegas leales y de buena voluntad, así tiene que ser.

—¿Pudo ayudarte mi tío Preston?

—Hizo lo posible, pero no recordaba nada importante, aunque espero que algún día recuerde. Detalles nimios.

—Un detalle nimio, Rick. Supongo que estarás asegurado.

—¡Alto! Nuestra incipiente camaradería no ha de verse empañada por el hálito del interés. No, no estoy asegurado. Me piden póliza elevada. Cláusula «riesgo constante». Tus colegas creen que perseguir ladrones de joyas es peor que un cáncer a fecha fija.

—Debes pensar en tu porvenir y el de tu posible familia.

—A mis treinta años, es pronto. De todos modos, he de confesarle, señorita Burnett, que si insiste usted con perseverancia, tal vez me resigne a firmar un contrato. ¿Qué hace usted cuando se le presenta un sábado por la tarde libre, señorita Burnett?



—No está en mi mano enturbiar nada.,.

—Tratar de convencer a un caballero que me invite a salir, y no esté asegurado.

—Aquí estoy. Entonces mañana...

—Había olvidado que hoy era viernes.

—Yo, no. Hace algún tiempo que el viernes es un día señalado

para mí.

—¿Supersticiones astrológicas?

—Una investigación que me ocupa unas horas cada viernes, y cada lunes también. Entonces mañana, ¿a qué hora paso a llevarte al «Monico»?

—Maravilloso. ¿Cómo lo sabes que voy a comer y merendar al «Monico»?

—Secretos de mi mágico detector cerebral. ¿Mañana a las trece en punto?

—Pongamos a la una y media, mejor. La cifra trece no me gusta. ¿Qué te pareció mi tío Preston?

—Un suave y tranquilo ciudadano. Un hombre de costumbres arraigadas. A veces es un error tener costumbres fijas. Si se alteran, da una pista.

—Te ruego que hablando de mi tío Preston, olvides por unos instantes que eres detective, Rick. Al oírte era como si mi tío Preston pudiera suscitar tu recelo profesional.

—Perdona, Hazel. No lo haré más. Siendo tan preciosa, a ratos me causas la impresión de una temible maestra de escuela, y me tengo que palpar las rodilleras para convencerme de que no llevo pantalón corto, ni he robado manzanas. Será porque además de bonita con avaricia, eres la rectitud moral en sincera evidencia. Salta a la vista o al oído... Y además, tengo tu ficha.

—¿Eh?

—¡Caray! Estoy de un torpe subido, esta mañana. Quise aludir a mi deformación profesional. En cada persona, veo un objeto de estudio. Y cuando te vi, pregunté. Simple práctica profesional. El rumor popular coincide en declararte tan incólume a la maledicencia como la esposa del César romano.

Cuando conducía a solas en el «Pontiac», Rick Mortimer decidió que un ataque directo era a veces importante, si a la vez se presentía que el «enemigo» contraatacaría.

Y por el momento, consideraba «enemigo» a Preston Burnett. Y objeto de su acción inminente a la vulgarmente atractiva Mabel Mayo, anunciada en los carteles del «Gaiety Z» con fotos muy elocuentes, como «Primera Fila».

Pero no existía propaganda alguna, sobre el hecho de que cada viernes, de cinco a siete, Mabel Mayo merendaba en compañía de

un apacible ciudadano de canoso cabello y grandes ojos azules.

CAPÍTULO IV

—Hola, ¿qué tal? ¿Cómo esté usted?

—Palabras de canción sin música grata. Hasta que no ha asomado usted, yo estaba estupendamente.

—Sigue estándolo, y quien lo ponga en duda que vaya al oftalmólogo. ¿Me puedo sentar, Mabel?

—Ya está sentado. De costumbre trato de ser bien hablada, Rick Mortimer, pero la vida nos exige cambios constantes. Usted es un frescales.

—No viene mal cuando hace calor.

—Este local goza de refrigeración sistema Canadá.

—De sobremesa, el café a solas aburre. No se aburra.

Mabel Mayo, rubia exuberante, asestó una ojeada colérica al detective. Mordió su respuesta:

—Vigile la debida separación entre palabras, amigo. Su última frase se componía de tres palabras bien separadas. Y conmigo no valen ingeniosidades. Se lo notifiqué cuando empezó a darme la lata a propósito de Wilkie Reynolds. Luego me he enterado que usted es detective. Pretendía engatusarme haciéndose el periodista enamorado.

—Confieso que no soy periodista, pero sigo loco por sus muchos encantos.

—Hay viajantes de comercio, más finos que usted, Rick. Le advierto que le aguanto porque no tengo nada mejor que hacer.

—Hasta las cinco faltan sus buenas dos horitas.

—¿Hasta las cinco? ¿Qué tiene que ver esta hora?

—Celos —dijo secamente Mortimer.

Ella le miró asombrada.

—¿Celos? Oiga, detective, a mi cuentos no. ¿Qué quiere ahora sonsacarme? La otra vez me tuvo una semana engatusada, hablándome de Wilkie, de que si tal, de que si cual...

—Usted declaró que Reynolds la tenía aterrorizada.

—¡Y así era! El muchacho pagó, y paz a su espíritu.

—Pero usted en sus declaraciones cargó mucho peso sobre Alan Bulberry.

—Ya dije por qué. Era Bulberry el que «desgració» a Wilks. Era Bulberry un mal hombre, vengativo, cruel... Bueno, y además, yo estaba tomando mi café tranquilamente, ¿no?

—Como corresponde. Yo ya he tomado el mío. La invito a dar un romántico paseo por la ribera del mar, a bordo de mi góndola de cuatro ruedas.

—Y yo le invito a echarse de cabeza al mar con una piedra de media tonelada al cuello. Usted es de los que siempre se traen segunda intención.

—Soy diáfano como el gris de tus pupilas, Mabel. Llenas ahora de rencoroso temor. ¿Por qué, Mabel preciosa? Yo no te deseo el menor perjuicio, al contrario.

—Al contrario, al contrario... Usted no puede perjudicarme en nada. Soy libre, y lo es también...

—¿El de las merendolas de los viernes a las cinco?

—¡Me lo veía venir! ¿Qué pasa ahora? ¿Es que un conocido mío, que me ha jurado que es soltero... no puede pasar inocentemente unas horas conmigo cada viernes, sin que en seguida un presumido perdonavidas piense mal?

—Piensa en eso, Mabel. Cada viernes. De cinco a siete. Una meriendita en algún lugar campestre y bucólico. Después te conduce a tu piso, pasa un instante oyendo la radio y te besa en la frente, despidiéndose a las siete en punto.

—¡Pues es así, se lo crea o no, mal pensado! Yo tengo que prepararme para la actuación a las ocho en el club, y mientras me arreglo, él oye la radio. Y después me besa en la frente. Se despide y hasta el otro viernes. Quiere casarse conmigo.

Añadió ella precipitadamente, bajando la voz:

—¿O es que está casado el muy... sinvergüenza?

—La respuesta en mi góndola, Mabel.

Rick Mortimer abandonó el restaurante, para esperar en la acera. No se volvió. Tenía olfato sensible y el perfume parisiense que precedía la llegada de Mabel Mayo, era bastante soportable.

En silencio, fue a abrir la portezuela, y ya instalado, condujo

hacia la Riverside.

—Bien... Ya estoy aquí dentro de la góndola. ¿Es que le paga a usted una esposa de mal genio?

—No soy empleado de agencia barata, Mabel. Tanto es así, que hasta puedo ofrecerte un premio inesperado.

—Hace años que dejé de creer en Papá Noel.

—Lo siento por ambos. Era bonito cuando creíamos en todo eso. Aún recuerdo el temblar delicioso con el que me acercaba a la chimenea.

—No sea caimán. Me tiene ya intrigada.

—Imagine el amable espectáculo de un recuadro de papel crujiente, bien amontonado. Billetes de diez, mis favoritos, uno sobre otro, nuevecitos, recién salidos del Banco, sumando mil. Hacen mucho bulto.

—¿Diez mil pavos? Digo... ¿Diez mil dólares?

—Si Pitágoras no era un embaucador de doncellas, acertaste.

—Vamos a ver, vamos a ver. Yo no me fío de usted. Estábamos hablando de Preston... y se asoma usted ahora hablando de montoncitos de billetes.

—Yo me gano bastantes más, si me ayudas. ¿Está claro ahora? No hay cuento ni engaño. Tú nada debes decir a Preston Burnett de lo que estamos hablando. Si te pregunta si me conoces, refiérele mi semana de cortejo en octubre pasado. Si quieres ganarte diez mil, no le digas que hemos pasado este instante de confidencias.

—Hable para que yo vea.

—Contesta para que yo oiga. ¿Cuándo conociste a Preston Burnett?

—Allá por noviembre del año pasado.

—¿Dónde?

—Pues en el «Gaiety». Me envió flores. El tallo, además de plata, llevaba un brazalete. Se lo devolví. Yo no soy de esas. Siguió enviándome flores y como tenía aspecto de caballero bondadoso... ¿Por qué se ríe usted así como un caimán?

—Perdona. Lo de caballero bondadoso me hizo gracia.

—Pues lo es. Todo un caballero y muy bueno. Es decir, todo lo contrario de usted. Y además, no sé por qué le estoy aguantando. ¿Por qué para el coche ahora?

—Es sitio legal y tranquilo. Entonces quedamos que a fines de

octubre te mandó Preston un brazaletes, que fue tuyo cuando él se convenció de que tú eras distinta, porque no en vano estás en primera fila. Estaba enamorado y viste que era un hombre serio, de buenas costumbres.

—No llevaba anillo, ni el cerco que deja al quitárselo, los que quieren dárseles de solteros. Me dijo que residía en un pueblo, y que únicamente bajaba a la ciudad los viernes solo. Yo no hice averiguaciones. ¿Es que está casado?

—No.

—¿Ha cometido algún delito?

—No.

—Entonces, ¿qué cuento es este de los diez mil?

—Él te hablará de Wilkie Reynolds.

—Nunca. Ni una mención.

—Pero de Alan Bulberry, sí.

—Tampoco.

—¿Ni de los ochenta y siete diamantes?

—Menos.

—Mi curiosidad es profesionalmente práctica, Mabel. Puede que me equivoque y realmente esté Preston Burnett enamorado de ti y quiera casarse contigo.

—Claro que es así. Un día de éstos me presentará a su sobrina.

—¡Ah! ¿Qué día?

—No fijó fecha. Yo conozco a los hombres y él es un caballero serio que cumple lo que promete.

—Y según afirmas, él te cita en algún sitio discreto, merendáis y hacia las seis te lleva a tu piso. Allí...

—Charlamos, oye la radio, me arreglo y me besa en la mejilla al despedirse.

—Antes era en la frente.

—¡Lo dijo usted en guasa! Pero así es.

—¿Y aquella semana que yo te cortejé en vano, ya lo conocías?

—Todavía no pero a usted le adiviné. Era perder mi tiempo hacerle caso. Los guapos presumidos... sólo dan disgustos.

—De acuerdo. ¿Dónde te dejo, Mabel?

—¿Ya está? ¿No estábamos hablando de diez mil dólares?

—Que puedes ganarte si hablas con sinceridad.

—Cuanto he dicho es la pura verdad, lo crea o no.

—Puede que así sea. Entonces los ganarás, cuando Preston Burnett haga la menor alusión a Bulberry, o a las ochenta y siete piedrecitas. Hay un medio. Dile como confidencia que le demostrará tu sinceridad, que fuiste la aterrorizada novia del «gángster» Wilks Reynolds ejecutado en Sing-Sing.

Habla de la confianza que equivocadamente depositó en ti Alan Bulberry.

—Alan Bulberry no confiaba ni en su propia sombra. ¿Y a dónde iré a parar con eso?

—A ganarte diez mil si me cuentas fielmente las reacciones y respuestas de tu bondadoso prometido maduro.

—Déjame en la esquina de la Octava.

—A la orden. Y te aconsejo no me menciones. Podría asustarse tu pretendiente y levantar el vuelo.

—Oiga... Estoy amoscada ya. ¿Por qué no es usted más claro?

—Esperando que tú lo seas.

—¿Qué quiere? ¿Que invente lo que no es, para darle gusto?

—Tan amigos, Mabel. Búscame en el listín, cuando sepas algo interesante para contarme. Y perderás la opción a diez mil y posiblemente al pretendiente bondadoso, si me mencionas.

—Descuida, Rick Mortimer. Hay amistades que más vale guardar secretas.

—¿Es alusión a mi persona o la de tu futuro?

Detuvo Mortimer el portazo con el que ella se despedía. Y al verla taconear alejándose, seguida por alguna mirada poco romántica, pensó que podía ser que Preston Burnett encontrara digna de ser su esposa a la «primera fila» Mabel Mayo.

Y lo sincero parecía ser lo que declaraba ella. «Charlamos, oye la radio y me besa en la mejilla al despedirse».

Mucho más tarde, averiguaría que en aquel comentario tan poco sugerente, se hallaba la solución del misterioso verdugo... y la venganza de los tres cadáveres.

CAPÍTULO V

—Buenos días. ¿Le soy molesto, Burnett?

Dejó el interpelado de podar el seto exterior. Introdujo las tijeras en su bolsillo de peto, y contestó:

—Buenos días, Mortimer. ¿Le apetece un refresco?

—Lo agradezco. Aprieta el sol esta mañana. Un sábado luminoso. Y realmente, si ayer ya le importuné, tiene derecho a encontrarme inoportuno. No han transcurrido veinticuatro horas, y vuelvo a estar molestándolo.

En silencio, Burnett precedía al detective, hasta que sentado, abrió la licorera refrigerada.

Mortimer dejó sobre la mesa un periódico doblado. Saltaba a la vista la fotografía.

Una mujer rubia, ligera de ropa, alzando una pierna en una pista de local nocturno.

Era la fotografía más cercana a los titulares. La inferior, representaba a la misma rubia, más vestida, doblada en contorsión forzada, en una carretera.

El fogonazo de magnesio del repórter gráfico, destacaba más sobre el asfalto liso, la silueta femenina.

—¿Ha leído ya la Prensa, Burnett?

—Poco después de irse Hazel, vino a visitarme un funcionario policial. Como hombre soltero que soy, no tengo ni por qué pregonar ni por qué callarme, si llega el momento, que soy humano. Vinieron a indagar si podía aportar algún dato sobre la personalidad de quién pudo matar a Mabel Mayo.

—No parece muy afectado.

—No exteriorizo nunca mis sentimientos.

—Ayer era viernes. La mataron a las seis y media de la tarde, cuando saliendo del parador aquí mencionado, se dirigía por la carretera a la parada de los autocares. Dos disparos a una distancia

de unos cinco pasos.

—En su piso encontraron una pulsera con mis dos nombres. Por este motivo, recibí la visita de un funcionario policial.

—Encontraron también muchas fotografías. Ninguna del «hombre de cada viernes»... menos del viernes que iba a ser el último para la pobre Mabel.

—Ayer tarde estuve algo indispuerto. A las cinco me visitó el médico del pueblo. Un buen amigo. Jugamos al ajedrez hasta las seis y cuarto, momento en que lo relevó el tendero Oswald Sparks. Que se despidió a las ocho.

—No le he pedido coartada.

—¡Ponga atención en sus malditas malignidades!

Los azules ojos tenían dureza de pedernal.

Rick Mortimer dejó transcurrir unos segundos. Replicó:

—Algo que usted sabe, ha causado la muerte a la pobre Mabel. Y tenga bien presente una cosa, Burnett. Me considero en parte cómplice del asesino. Equivocadamente o no, así es. Yo estuve con Mabel Mayo de tres a cuatro ayer tarde. ¡Y la asesinaron cobardemente dos horas después!

—Ella tuvo un pasado y tenía un presente.

—Extraño comentario en quien iba a casarse con ella.

—Mi vida privada es de mi exclusiva pertenencia.

—¿Le contestó así al funcionario policial?

—Supo comprender mis razones. Como hombre, me interesan las personas que tuvieron relación con algún ejecutado. No quiero pasar por un filántropo, pero alguna vez he favorecido a algún familiar sin que supieran mi condición de ejecutor.

—Y nada hay, pues, de sospechoso en que usted se relacionase con Mabel Mayo. Ella tenía atractivo poderoso. Usted cada viernes...

—Desde hace muchos años, cada lunes y viernes visito la ciudad, para atender a mis particulares asuntos.

—Sería penoso que me convenciera que estoy equivocado. Y aún más lamentable que usted, tras su máscara de impasibilidad, ocultara el convencimiento de que han matado a Mabel Mayo, por su culpa.

Preston Burnett apuntó con el índice hacia el detective.

—Deje de acusar y por un momento colóquese en el banquillo

de su propia imaginación. Reconoce que entre tres y cuatro estuvo molestando a Mabel Mayo, a la que matan a las seis y veintisiete. Usted quiere recuperar unas joyas. ¿Se ha detenido en pensar que si Bulberry no las tiró al mar, otros hombres pueden pensar lo mismo?

—He pensado en esta posibilidad. Un «gángster» viendo a Mabel hablando conmigo. Que decide matarla, para que ella algún día no pueda decirme dónde y quién tenía los ochenta y siete diamantes. Pero si Mabel sabía quién y dónde, ¿hubiera estado todas las noches haciendo ejercicio en el «Gaiety»?

—Entonces busque otro móvil, Mortimer. Y trate en lo futuro de descartarme por completo en sus sospechas. Mi profesión está bien remunerada y he invertido ahorros en sólidas operaciones. Vivo de ejecutar delincuentes. Un espectáculo muy desagradable, Mortimer. Y que arraiga en uno la convicción de que delinquir no paga.

—Setecientos mil dólares son una tentación.

—Lo son. Para cualquier maleante. Y para usted mismo.

—Vaya... Le estoy afectando el buen sistema nervioso, Burnett. Yo busco al maleante y cobro buena remuneración. Y usted, como ejecutor de la ley, no debe molestarse si yo trato de apurar todas las posibilidades, conducentes ahora a doble meta: las piedras que no tiró al mar Alan Bulberry, y atrapar al que mató a Mabel Mayo.

—Lo que me molesta es su persistencia en creermelo relacionado con esto.

—En cierto modo existe una patente relación. Usted ejecutó a tres hombres y acaba de morir la novia de uno de ellos, con la que se entrevistaba usted los viernes.

—Mi profesión me relaciona con asesinos y sus familiares. Y vuelvo a especificar que alguna vez he podido ser útil a algún familiar.

—Le pediré toda clase de excusas, cuando encuentre al asesino de Mabel Mayo... y las ochenta y siete piedrecitas. Lo malo de este caso es que ninguno de estos diamantes puede ser controlado. Son de los admitidos corrientemente, porque nada tienen de peculiar, y engarzados en cualquier anillo o sueltos, los compran en cualquier establecimiento de Brooklyn. Es casi como disponer de billetes corrientes. Cada diamante no supera valor en venta de diez mil y puede ser adquirido libremente, sin que el comprador exija más formulismos que firmar un libro y presentar una factura. Una firma

falsa, una factura falsa. Pero en el cuerpo de Mabel quedó una firma.

—Espero que si me corresponde, me será perdonado no sentir la menor compasión si conduzco al patíbulo al asesino de Mabel Mayo, una mujer sin maldad.

—No le impongo más mi antipática persona, Burnett.

—Usted trata de cumplir con su deber. No hemos de ser juzgados por nuestra profesión, sino por nuestra limpieza de mente al cumplir con sus obligaciones.

—Cierto. No es preciso que me acompañe, Burnett. Siga con su jardín.

—Buenos días, Mortimer.

En la alameda, dirigiéndose al coche, Rick Mortimer volvió a meditar en los inconvenientes de su profesión. Ante seres como Preston Burnett, resultaba todavía más intrincado el debatirse en el laberinto humano.

Había tratado con «gangsters» de aspecto clásico. Otros tenían seráfica expresión.

Y había hombres como el tercer verdugo de Sing-Sing.

Impenetrables. Pero también había presentimientos y corazonadas. Debían aquilatarse escrupulosamente.

Era difícil precisar si en que considerándolos necesarios, estimaba inhumanos a los verdugos, radicaba el motivo por el que no acababa de creer en la aparente rectitud de Preston Burnett.

Consultó la hora. Le quedaban aún tres para entrevistarse con Hazel Burnett.

Tenía, pues, tiempo suficiente para intentar valerse de la muerte violenta de Mabel Mayo, en su visita a la mujer de los lunes.

La ficha de la mujer de los lunes de Burnett, era concluyente:

«Karina Rinaldo. Veintidós años. Trabaja de seis de la mañana a mediodía, como cajera de la cantina en el mercado de Greenwich. De siete a nueve de la tarde, taxi-girl de las academias Vernon. Honestidad acreditada. Enviando semanalmente la mitad de sus dos sueldos a sus familiares en Nápoles».

Al dorso, la ficha decía:

«Su hermano, el ejecutado Tony Rinaldo, impidió que ella fuera molestada por Alan Bulberry. Ha sido galanteada, cortejada sin éxito por sujetos indeseables, pero desde la muerte de Tony Rinaldo, la han importunado en ocasiones Fosco Darby y Cecil Sanders».

Conduciendo, Rick Mortimer evocó a Karina Rinaldo. Una fina figura, sensitiva. Patética en cierto modo, porque no se merecía el adverso destino.

Había llegado tres años antes con su hermano Tony. Ambos se querían. Tímidamente en su cariño ella. Brusco y tiránico él, aunque con un punto a su favor.

La quería por completo alejada de sus turbias andanzas. Y la había defendido contra el propio Alan Bulberry.

¿Qué pretexto había inventado Preston Burnett que fuera tan convincente que le permitiera permanecer cada lunes, dos horas en compañía de la arisca y virtuosa Karina Rinaldo? A la que importunaban un sujeto de recargada ficha como Cecil Sanders, y de ambigua personalidad como el boxeador Fosco Darby.

Era preciso hablar sin tantos rodeos como empleó para la equívoca Mabel.

Con la trabajadora Karina, sorda a toda fácil tentación, era necesario no ser el «duro» Rick Mortimer, sino el raras veces visible Rick Mortimer... Humano, afectuoso y cortés.

CAPÍTULO VI

No era un mercado ruidoso el de Greenwich Village. Oreado por la brisa procedente del Hudson y demostrando en determinados detalles decorativos, que no era en vano el centro de suministro del barrio denominado el Montaparnasse neoyorkino.

Para Rick Mortimer, deambular por Greenwich era liberarse por unos momentos de la férula exigente de la trepidante ciudad, donde todo era «lo mayor del mundo».

Allí en el extremo ribereño de Greenwich, al mediodía, no se ponía a prueba el sistema nervioso, sorteando masas humanas, ríos de bólicos adheridos los parachoques y formando cinta monstruosa de cláxones en protesta constante.

Greenwich era la sede de los poetas reñidos con el peluquero, de pintores que trataban de vender sus propios esperpentos alineados contra las paredes.

La sede de los que creyéndose dotados de sensibilidad artística, desertaban cuando sacrificando su propio gusto, conseguían el triunfo. Los demás vegetaban, formando un mundillo abigarrado, pintoresco.

Y en la cantina del mercado, las paredes eran un caos de colorido, una permanente exposición de cuadros. En las mesas, de seis a diez de la mañana, se relevaban gente de buen apetito y pocas palabras: transportistas, asentadores y vendedores.

De diez en adelante, era centro de reunión de la intelectualidad.

A las once y cuarto, cuando entró Mortimer en la vasta sala, creyó hallarse en una subasta de pescado donde un vociferante energúmeno se desmelenaba, rechazando con gestos de frenética repulsa, ofertas muy reducidas de posibles compradores.

Tenía una ventaja. La afluencia se encauzaba hacia la subasta, permaneciendo casi solitario el estrado donde tras la caja registradora, Karina Rinaldo aprovechaba la media hora de poca

consumición, para entregarse a una lectura.

Al girar ella la hoja, pudo Mortimer, acercándose, leer el título:

«Los turbulentos amores de Lucrecia Borgia».

«Un folletín infame», pensó Mortimer. Pero que se redimía, dada la calidad moral de su lectora, que mientras devoraba la supuesta existencia turbulentísima, mantenía en su delicado rostro, una expresión de éxtasis, y completo olvido del bajo mundo.

Se detuvo Rick Mortimer a tres pasos del estrado.

Eran del bajo mundo los dos hombres que acababan de surgir desde una mesita próxima, abandonando sus sillas, hasta entonces cabalgadas, empleando el respaldo como peto.

El más adelantado delataba su profesión. Chato el rostro, que no resultaba repulsivo, porque lo iluminaba el destello de los negros ojos aterciopelados, de largas pestañas.

El corto y rizado cabello negro, era a medias cubierto por una gorrilla de larga visera. Un jersey gris modelaba el torso triangular, anchos los hombros, inverosímil el talle.

Planas las caderas y delgadas las largas piernas, en el pantalón azul. Calzaba zapatillas de boxeo.

A un lado, un paso atrás, el segundo personaje valía por sí solo todo un estudio.

El redondo rostro de ébano se ennegrecía más en contraste con el abollado sombrero de fieltro de un color que fue pardo, y era ahora delicadamente rosa.

Los zapatos anchos y con grietas parecían soportar, además de mucho peso del negro, el acordeón final de un sucio pantalón de franela blanca, cuya cintura, en cambio, estaba abrochada con un cordón, muy por debajo del ombligo.

Se abullonaba sobre el estómago la camisa morada, de cuyo raído cuello colgaba una corbata de múltiples figurillas pintadas.

La americana era de cuadros verdes y oro pálido.

En la gruesa boca, el negro removía un machucado habano, apagado y reducido a su tercio. Seguramente una colilla.

Miraba a Mortimer con ojazos de indiferente expresión, y rascándose los costados, parecía con este ademán, manifestar su perplejidad en clasificar la categoría a la que podía pertenecer aquel

intruso que apenas entró, habíase dirigido rectamente al estrado, tras de cuya caja registradora, Karina Rinaldo estaba por completo absorta en el folletín, que le daba el olvido del suyo propio.

Rick Mortimer pudo examinar de nuevo, a medio metro de distancia, el rostro del boxeador Fosco Darby, que dijo:

—No llame a ningún camarero.

—Tampoco los hay, ¿verdad, Battling?

Fosco Darby hablaba roncamente, y no miró al negro, que examinó la colilla de puro, antes de contestar:

—Vaya si es verdad, compadre.

Una voz melodiosa, más meliflua al brotar de aquel corpachón.

Rick Mortimer conocía a una legua los pendencieros, que lo eran por instinto o por circunstancias.

Dijo:

—Y a todo eso, ¿en qué pesebre comimos juntos?

Fosco Darby encajó sin pestañear. Seguía cerrando el paso, formando barrera de músculos, entre el detective y la cajera de la cantina.

El ambiente de griterío en la subasta amortiguaba las voces de Mortimer, el boxeador italo-yanqui, y el negro.

—Usted comerá en pesebre, amiguito. Y vamos al bulto. Desde que asomó le eché la pupila encima. Se vino directo acá. ¿Se puede saber a qué?

—A cualquier cosa, menos a olerle tan cerca.

Rick Mortimer dio un paso atrás. La corta distancia, el cuerpo a cuerpo, no era la modalidad acorde a su larga envergadura.

Fosco Darby permaneció sin moverse. Agachó un poco más la barbilla y semejó un ternero dispuesto a embestir.

—Dígalo ya sin tanto cuento, amiguito. ¿Qué venía usted a buscar? ¿Molestar a Karina? La chiquita está leyendo y cuando lee, ni el presidente tiene audiencia. ¿Nos vamos enterando?

Rick Mortimer venía dispuesto a ser afectuoso, cortés y muy humano. Prevaleció esta última disposición.

Argumentó:

—Primera y principal. ¿A usted quién le da vela en mi rumbo? Segunda y esencial. ¿Está Karina Rinaldo de acuerdo en tener por bibliotecario a un matón?

Fosco Darby sonrió satisfecho. El diálogo iba derivando hacia su

terreno favorito. Y dio un codazo a un lado.

El negro se ladeó en contoneo profesional de esquivar.

—¿Te diste cuenta, Battling? El señorito se pone grosero.

La subasta sufrió un repentino colapso. Y el silencio distrajo a Karina Rinaldo de su lectura. Alzó la vista y tardó unos segundos en volver a la realidad circundante.

Pero demostró agilidad mental, porque dijo:

—¿Quieres apartarte, Fosco? Y tú también, Crazy. Este señor no puede desearme ningún daño. ¿Cómo está usted, señor Mortimer?

Fosco Darby se apartó con elástica precisión, para quedar acodado a la derecha de la caja. El negro un poco atrás.

Rick Mortimer no halló obstáculo humano a su avance. Se quitó el fieltro gris, y saludó:

—Buenos días, Karina. Espero que no conserve mal recuerdo de mi forzosa intromisión en sus contratiempos.

—Usted fue muy cortés, señor Mortimer. ¿Qué se le ofrece ahora?

—Hablarla en privado.

Y Mortimer miró significativamente a Fosco Darby, que siguió abarcándole en ojeada hostil.

Ella sonrió. Un rayo soleado de dulzura en su carita triste.

—No se enfade con Fosco y Crazy. Ellos siempre temen que venga gente de Sanders.

—¿Gente de Sanders?

—No hables más, chiquita. Este señorito huele a preguntón entrometido, y desde lo de Tony, bastantes disgustos tuviste ya, chiquita. Y le guste o no, que prefiero no le guste, usted lo que ha de hacer es dejar en paz a Karina.

—Eso quiero. Que la dejen en paz.

En el intervalo de silencio retador, estalló de nuevo el chorro verbal del subastador.

Karina Rinaldo, abriendo los brazos, presentó las dos palmas. Parecía, desde su sillón, un árbitro entre dos pugilistas.

Battling Crazy insinuó:

—Tiene arreglo fuera de aquí, compadre. ¿Lo saco fuera, Karina?

Menuda, grácil, no demostró ella la exuberancia nativa, al decir casi susurrante:

—Os he dicho ya que este señor no es enemigo. Y ahora me vais a hacer el señaladísimo favor de esperar lo más lejos posible.

—¿Cómo cuánto? —preguntó ansioso Fosco Darby.

Y la pregunta, en su ingenuidad, la entonación casi reverente, hicieron que súbitamente Rick Mortimer perdiera toda su reciente animosidad contra el púgil italo-yanqui.

No era matón de instinto, sino por circunstancias. Se sentía protector, celosa y sumisamente protector.

Ella, sin demostrar asombro por la pregunta, indicó:

—Esperad en la salida del personal. Estoy segura con este caballero. Sin rechistar, Fosco. Te lo pido yo.

Fosco Darby mostró con el pulgar un dintel lateral a unos veinte pasos. El negro se puso en marcha, arrastrando levemente los zapatos.

Fosco Darby, pasando junto a Mortimer, masculló:

—Cuidado con lo que hacemos, amiguito. Estoy acechando.

Y continuó su camino tras su «compadre».

Explicó Karina Rinaldo:

—Son inseparables y me quieren bien. Al principio tuve mis discusiones con Fosco, pero me he ido convenciendo de que es un pobre muchacho, bueno y digno de mejor suerte.

Rick Mortimer contuvo su réplica: «También usted es una pobrecilla muchacha, buena y digna de mejor suerte».

Dijo:

—¿A qué se refería usted al mencionar «la gente de Sanders»?

—¡Oh, nada de particular! Son ideas de Fosco, y es muy cabezón cuando se imagina algo.

—Yo he oído hablar de un tal Cecil Sanders.

—Ese mismo.

—Un mal sujeto.

—Ese mismo —repitió ella, asintiendo en grave cabezada.

Rick Mortimer, siempre dueño de fácil palabra, titubeó:

—Escuche, Karina. Tengo de nuevo que hablarle de Tony.

—Todo quedó hablado. Mi hermano era como era, pero no hubo mejor hombre para mí desde que murió nuestro padre. Y si mal aconsejado por un mal hombre que era inteligente, pero que empleaba en maldad su inteligencia, mi Tony... tropezó, ya nadie en la tierra tiene derecho ni se lo doy, a juzgarle.

—No me interprete mal, Karina. Sí yo hubiera tenido un hermano como Tony y en el supuesto de ser yo una mujercita sin autoridad sobre él, diría lo mismo que acaba de decir. Pero ahora se trata de usted misma.

—Ya le dije que no sabía nada de nada acerca de los diamantes.

—Pero es necesario que yo hable con usted.

—Ahora va a terminar la subasta, y tendrán sed. Si el gerente me ve charlando, aunque me aprecia, me echará un r cipe.  Le molestaría esperar a la salida, señor Mortimer?

—Será para mí un honor, Karina. Y conste que lo digo pocas veces y con tanta sinceridad.

—Gracias. Mire all ... —Y al ver a los dos boxeadores, añadió—: Se lo ruego, señor Mortimer. No pelee con Fosco.  l a su modo, desea evitarme daño y en cualquiera que se acerca ve un peligro. Dígale a Fosco, por favor, que yo, cuando salga a las doce, he de hablar con usted. Ya vienen a pagar. Hasta luego, señor Mortimer.

—Gracias, Karina.

A cada lado del gran portal de salida para empleados, se reclinaban Fosco Darby y Battling Crazy, que en sus documentos civiles, anulados por sus nombres de guerra en carteles que diez años antes le habían hecho popular, se llamaba Jericho Brother Divinity.

Hacía ya tiempo que Battling Crazy, «El Batallador Loco», se había convertido en un saco de recibir golpes, un entrenador para nuevas y más jóvenes glorias futuras del *ring*.

Rick Mortimer atrajo hacia sí una silla, para sentarse a dos pasos de distancia contra la pared, a un lado del umbral, y de Fosco Darby.

Sin mirar al pugilista enamorado, dijo:

—Karina ha de hablar conmigo, al salir. Se lo comunico porque así lo quiere ella.

Fosco Darby manifestó su hostilidad, silbando una cancioncilla. Al otro lado, el corpulento y «sonado» negrazo, se contone  moviendo con agilidad los zapatones a un lado y otro.

Rick Mortimer pens  en la ficha: «Importunada en ocasiones por Fosco Darby y Cecil Sanders».

La ambigüedad de la persona jurídica de Fosco Darby, residía en que pretendía ganarse el sustento boxeando. Y en Nueva York había

legiones de muchachos fuertes, aspirando a lo mismo.

Era muy duro el sendero hacia los *rings* de Madison Square. Había que pasar por numerosas salas, cobrando unos dólares, para fajarse con hambrientos energúmenos, ansiosos de destacarse.

Conocía aquel ambiente de vestuarios, donde con los cuerpos maltrechos y entre el punzante olor a trementina, quedaban destrozadas anatomías e ilusiones.

Pegadores del hambre, los llamaban los poco caritativos críticos. De cada cien, surgía una promesa. El resto volvía a su miseria, si persistía en irse matando sobre un *ring* entre lluvia de centavos, cuando no daba de sí el máximo tiempo de verticalidad.

Sintió Mortimer una especie de compasión hacia la pareja. El ocaso del que fue gloria despilfarradora y el empuje ilusionado del que, salvo excepcionales dotes, masticaría mucha sangre en la hiel de sucesivas caídas.

Se levantó, mirando su reloj. Faltaban aún cinco minutos para las doce.

Y quedó a medio metro de distancia del italo-yanqui, que bajó lentamente la barbilla. Debía ser un «martillo-yunque», de los que buscaban afanosamente el cuerpo a cuerpo, para recibiendo lo que fuera, golpear como fuese.

—Oiga, Fosco. No ha de considerarme perjudicial para Karina. Lo que quiero es precisamente evitarle daño.

—¿Sí? Se dicen cosas y se piensan otras. Esto es lo que pasa.

—Las cosas que tengo que decirle a Karina, quiero que las oiga. Usted, a su modo, quiere protegerla. Ha llegado tal vez el momento de tomarse muy en serio este papel. Pero que me oiga ella y usted juzgue. De momento, ¿vale un trago de lo que sea para firmar una tregua de paz, en espera de lo que siga?

El negro que se había aproximado se quitó la colilla para recorrer el ancho espacio de sus labios con sonrosada lengua ávida.

Fosco Darby miró al detective. Su cabeza iba a negar, pero al primer ladeo vio a Battling Crazy.

Dijo:

—No tengo sed. Pero cuando me invitan, también bebe Battling, ¿verdad, Battling?

—¡Vaya si es verdad, compadre!

—A su gusto, Battling.

Y señaló Mortimer la expendedora automática de bebidas.

El negro se frotó las yemas de pulgar e índice. Tendió Mortimer un dólar, diciendo:

—Invito hasta medio y el otro es préstamo, Battling.

—¡Vaya con el amigo, «champ»! —exultó el negro—. ¡Voy y vengo, compadre!

Se alejó presuroso hacia la máquina que en sus pequeñas plataformas elevadoras presentaba *bocks* de litro de dorada cerveza.

—Se beberá dos de golpe, el muy animal —rezongó Darby—. Es un pobre desgraciado. Pero le tengo ley. Cuando tuvo dólares a montones los repartió. Hoy nadie se acuerda de él. Y no se crea que es un pedigüeño. Puede que usted y yo terminemos mal, según por donde soplen los vientos, pero de momento le doy las gracias.

—¿Por qué, Fosco? —sonrió amistoso Mortimer.

—Porque hay modos de dar dinero que son un salivazo. Y usted lo ha dado limpiamente. Porque le consta que si ha de esperar para comer a que Crazy le devuelva el medio dólar, va usted listo.

No sonreía el serio semblante del boxeador. También en sus ojos había la melancolía que rezumaban los de Karina Rinaldo.

Y dijo Mortimer:

—Usted es sensible, Fosco. Cosa difícil de encontrar.

—¿Porque soy un «arreador» telonero?

—No por eso, sino porque vivimos duramente. Y tiene atisbos de certera visión, Fosco. Puede que pueda usted ayudarme.

—¿En qué, si puede saberse?

—Primero, en proteger a Karina.

—Me basto solo, amiguito.

—Llámeme Rick o Mortimer, y no ese calificativo que me crispa el vello.

—¿Le da «repelusco»? A mí también me lo da que alguien pretenda proteger a la chiquita. ¿Nos vamos enterando?

—Voy a tener paciencia con usted, porque no me gustaría que le quitasen la licencia y nos fuéramos a descansar a una clínica. Yo considero a Karina como una verdadera señorita, que trabaja decentemente, que ha soportado con valentía y orgullo su desgracia. Pero ahora tengo el presentimiento de que corre mucho peligro y no sé de dónde procederá. Por eso le digo que ha de ayudarme.

—Veré a ver lo qué opina la chiquita. Ahí viene.

Un sencillo estampado, un bolso blanco, unos zapatos de alto tacón blancos, y Karina Rinaldo presentaba una esbelta y menuda figurilla bien incurvada.

Miró en rededor, hasta localizar a Battling Crazy, que estaba deglutiendo el tercer *bock* gigante, echada atrás la cabeza, en el suelo, su viejo fieltro rosa.

Recogió ella el sombrero y tocó en la nuca al negro. Para lograrlo tuvo que alzar del todo la mano y separar los tacones del suelo.

Battling Crazy resopló, abandonó el vacío *bock* y muy ancha la boca, donde los dientes que faltaban, alternando con los blancos supervivientes, daban la impresión de un teclado de piano, se defendió:

—Eché la moneda debida, Karina. Me la prestó aquel señorito y estuvo conforme Fosco. ¡Vaya si es verdad!

Ella aprobó convencida. A su derecha se colocó Darby, el negro arrastró los zapatones tras ellos, y Rick Mortimer, precediéndoles, señaló al exterior el aparcamiento lateral:

—Estaremos más cómodos en aquel coche, Karina.

—Ahora se sale con un coche —rezongó Darby.

Pero Mortimer no recogió la alusión, yendo a abrir la portezuela. Tenía que tascar el freno, hasta lograr un completo estudio de la mentalidad del boxeador enamorado. ¿De Karina solamente? ¿O de ochenta y siete piedrecitas, además?

Esperó manteniendo la portezuela delantera abierta. Ella ocupó el asiento delantero, junto al volante, tras decir:

—Ya que el señor Mortimer quiere que oigas, Fosco, siéntate atrás con Battling.

El asiento posterior gimió suavemente al recibir el peso conjunto del exmedio fuerte negro y del actual *welter*.

Arrancó el «Pontiac» hacia la ribereña y amplia avenida Fulton.

Por el espejo retrovisor, vio Mortimer la vigilante expresión del rostro achatado de Fosco Darby.

Pero sonrió al oír a Karina que muy seriamente, advirtió:

—No escupas, Battling, o bajarás enseguida. Es un coche precioso, señor Mortimer.

—Debo aún quince plazos. Y en cuanto a lo de «señor» vamos a dejarlo ya. Usted, Karina, debe ir pensando que pueden contarse

con los dedos de la mano aquellos que se merezcan de sus labios el «señor».

—Menos coba y menos labia, amiguito. Al bulto ya. ¿O es que piensa que nos vamos a estar paseando todo el día?

Detuvo el coche Mortimer, arrimándolo al bordillo de una plazoleta arbolada, en cornisa sobre el río.

—Le invité a escuchar, Fosco. Y si ha de hacer comentarios, que sean correctos, porque nos oye Karina. A solas, todo vale. Pero ahora aguante el genio como me aguanto el mío. ¿Conocía usted a Mabel Mayo, Karina?

—De referencias.

—Sabrá ya que la asesinaron ayer, ¿no?

Karina Rinaldo se irguió, llevándose las manos a los labios. Sus ojos dilatados miraron con asombro y miedo al detective.

Atrás, rezongó Fosco Darby:

—Ya la «pringamos». Esto me temía. Ella no lee periódicos, Mortimer.

CAPÍTULO VII

—Pero debía saberlo de todos modos, más tarde o más temprano. Por esa he venido, Karina. No sé quién la mató, pero apuesto lo que sea a que su asesinato se relaciona con los diamantes que Alan Bulberry escondió.

—Cecil Sanders —silabeó lentamente Karina Rinaldo.

—Un momento, chiquita. Para acusar hay que tener pruebas seguras. Déjame a mi hablar con este señor. ¿Usted quién es, ante todo?

—Rick Mortimer, detective de una compañía que aseguró en millón y cuarto los diamantes que escondió en algún sitio Alan Bulberry. No trabajo para detener «gangsters» como Sanders, que es tarea federal. He de recuperar los diamantes.

—¿Qué tienen que ver los diamantes con Karina?

—Alguien los busca, o los encontró, y no quiere que se sepa. Vieron a Mabel Mayo ayer tarde conmigo. La mataron dos horas después en una carretera a tiros, posiblemente desde un coche.

El negro, recordando tiempos idos, había abierto la ventanilla, y acodado a ella, sacudía la inexistente ceniza de su colilla, con majestuoso empaque.

—¿Y usted viene a proteger, maldito sea? Acaba de confesar que mataron a la corista que fue amiga de Wilks Reynolds, tras verla hablando con usted... y ahora, tan campante, aquí, comprometiendo... ¡Baja, Karina! Este tipo...

—Cállate, por favor, Fosco. Yo comprendo la intención del señor Mortimer. Quiere decir que hay alguien que creyendo que Mabel sabía y podía revelar algo, la mató. Pero mi caso es distinto. No sé nada de todo esto.

—Esto no altera el peligro que corre, Karina. De costumbre, tengo explicaciones más claras. Esta vez voy a tientas. Y si le sucediera a usted algo, no me lo perdonaría nunca. Han citado a

Cecil Sanders. Puede que en éste se halle la pista que nos lleve a descubrir al asesino de Mabel... y los diamantes.

—Has de explicarlo todo, Fosco. Te lo pido yo.

—La cosa quedó aclarada ya con Sanders. Vino hace unos meses haciéndose el amigo de Tony. Quería darle dinero a Karina, el muy canalla. Y volvió a la carga, hasta que yo le cerré el paso.

—¿Cómo fue? —inquirió Mortimer, ladeado en el asiento, tendido el brazo sobre el respaldo.

—En un coche como éste, esperaba Sanders a la salida del «taxi-dancing». Iban con él sus dos compinches, Riley y Holt.

—Irlandeses.

—¡Becerros con mucha mala idea! Y cuando salió Karina, ya estaba en la acera Sanders, muy fino, muy comediante. Dile lo que te dijo, chiquita.

Karina Rinaldo fue precisando:

—Lo de otras veces, primero. Que siendo gran amigo de Tony, no podía permitir que su hermana trabajase. Que yo debía aceptar unos miles a modo de préstamo. Le dije que no necesitaba nada y entonces él dejó de ser amable, para decir más o menos: «¿Es que piensas seguir disimulando, nena?». Yo no le entendí y como terció Fosco...

—Eso es. Fue la primera vez que empecé a darme cuenta de que Karina necesitaba alguien protegiéndola. Yo. Y le toqué en el hombro a Cecil Sanders. Pasaba gente y sus dos pistoleros tenían que «enfundarla». Le dije a Sanders...

—Fue muy grosero lo que dijiste, Fosco. Arréglalo.

—Arreglado le dije que la próxima vez que le viera yo rondar por donde anclaba Karina, iban a bajar de precio las salchichas.

Battling Crazy tomó parte en la conversación con una risita en varias escalas.

—Sanders nos miró a los dos un rato, en silencio. Y esto es lo que no me gustó, señor Mortimer. Porque se marchó, sin más palabras. Él y sus dos secretarios.

—¡Dos becerros más!

—Sanders y sus dos secretarios no han vuelto a molestarme. Pero desde entonces, siempre está cerca de donde estoy, o bien ellos dos, o Battling, cuando Fosco boxea. Y por la noche, cuando me encierro en mi habitación, no hay peligro, porque es una pensión

seria. Italianos todos, matrimonios y empleadas como yo.

Rick Mortimer escuchaba, pero su cerebro trabajaba. Un hombre como Cecil Sanders, dispuesto a proteger o sonsacarle a Karina, ¿se retiraba porque un boxeador le amenazaba?

Turbio era el mundillo donde se movía Karina Rinaldo. Era mejor táctica para Sanders, inteligente, puesto que seguía libre, colocar al lado de Karina a un supuesto perro dogo.

Un convenio con Fosco Darby.

—Yo estoy dispuesto a creerla ciegamente, Karina, si me jura que no sabe nada referente a los diamantes.

—Lo juro por Tony.

—Pero Sanders cree que usted sabe algo, puesto que la acusó de seguir disimulando. Escuche, Karina... Yo no soy policía, sino investigador privado. La noche en que estuvo Bulberry dos horas con los diamantes, ¿estuvo acaso en su habitación?

—¡Dale en la boca con el bolso, chiquita! Le voy a...

—¡Cállate ya, Fosco! Este señor no quiere ofender, sino aclarar. No, señor Mortimer, no estuvo. Lo juré ante la policía, ante el tribunal, y así fue. No estuvo.

—Sin embargo, un hombre como Sanders no pierde el tiempo en balde. Él se imagina que Mabel, por ser novia de Reynolds, y usted, por ser hermana de Tony, podían saber algo del robo cuando se planeó.

—Mabel, tal vez, pero yo nada supe. Tony nada me decía de estos desgraciados pasos que daba. Pero ahora recuerdo...

Avanzó el busto Mortimer y ella, entornando los párpados, añadió:

—En la última visita en el locutorio, contóme Tony algo muy extraño. Dijo y lo recuerdo ahora, porque puede que para usted tenga sentido: «Bulberry es una mala bestia. Sabe que no hay escape y si escondió los diamantes es capaz de haber ingeniado algo que aún, después de muerto, te perjudique. Es capaz de haberle dicho algo al abogado, para comprometerte, Karina. Mejor sería que te volvieras a nuestra tierra».

—¿Ha ido usted a hablar con Jameson, el abogado?

—No lo juzgué necesario. Mi pobre Tony estaba desquiciado desde que supo que había pocas esperanzas de indulto.

—¿Por qué Bulberry podía querer perjudicarla, Karina?

—Porque... Díselo, Fosco.

—El condenado granuja quería ponerle piso. Por entonces, yo no rondaba, o le aseguro que no va a la silla. Yo le hubiera ahorrado camino. Por suerte, Tony se portó valiente.

—De todos modos, Bulberry no robó diamantes para perjudicar a nadie, saciando rencores. Aunque cabe que luego inventara. Tendré que hablar con Jameson y con Sanders.

—Déjelo, señor Mortimer. Cecil Sanders es un sujeto despreciable.

—Pero usted es una buena chica, y hasta que no encuentre yo los diamantes, me temo que le pueda suceder alguna inesperada incidencia.

—Ya estoy yo apechando.

—¿Siempre? —Lanzó agresivo el mentón el detective.

—Pues claro. Siempre.

—¿A todas horas?

—Menos la noche, apenas ella se retira, puesto que en la pensión no hay temor. Es gente que aprecia a Karina, y ella se encierra.

—En mi oficio somos a veces excesivamente detallistas. No puede molestarla que le niegue que me detalle su horario.

—A las seis menos cuarto, salgo de la pensión, y me espera Fosco, que a las siete se entrena. Me acompaña hasta el mercado y se queda Battling, hasta que a las nueve regresa Fosco. Al mediodía, como ahora lo ve, ellos me acompañan y comemos juntos en mi pensión. Tengo una sala grande, mitad alcoba y aseo, mitad saloncito comedor.

—Después aseamos la casa... Sí, señor. Yo y Battling nos ganamos lo que comemos, no se vaya usted a figurar que somos unos aprovechones. Barremos y baldeamos toda la pensión.

—Un modo honrado de hacer ejercicio, boxeador. Y es hora ya de que no me jorobe más, caray. Antes de tener este coche, con tres plazos pagados, trabajé más que usted. Repartí botellines de leche, ¿nos vamos enterando? Y para ir de academia nocturna, arrimé bandejas en los banquetes como camarero eventual, ¿nos vamos enterando? Y...

—No se enfaden los dos, caramba. Los dos lo que quieren es que no me pase nada malo. Estábamos cuando Fosco y Battling aseaban la casa. Y entonces, entre cuatro y siete, doy lecciones.

—¿Lecciones?

—De baile y también de italiano. Pero nadie quiere aprender el italiano. Verá usted. Yo quiero ahorrar para volver bien a mi tierra, o poner aquí un pequeño negocio, como por ejemplo, una mercería y perfumería, ¿verdad, Fosco?

—¡A eso vamos!

—Entre los que acuden de cuatro a siete, ¿alguno que no le parezca correcto, Karina?

—Apenas un señor se equivoca, demostrando que no es tal señor, no vuelve más. Tal como me ve, sé hacerme respetar.

—Me consta, chiquilla —sonrió Mortimer—. Y me agradaría que pronto tuviera usted la mercería y perfumería y un marido... como éste, por ejemplo.

Fosco Darby rezongó:

—Estábamos hablando del horario. Y ya que se menciona, hay un tipo que no me acaba de llenar.

—Pobrecillo... —sonrió Karina—. ¡Pero si es un caballero muy educado!

—¿Quién? —preguntó complacido Mortimer.

—Un señor provinciano, llamado Burnett. Sólo puede venir los lunes. Y éste sí que quiere aprender italiano también. Le doy conversación y se defiende bien. Después, media hora de baile, y sabe seguir bien los ritmos de cualquier orquesta. Yo, a las siete menos cuarto, tengo que prepararme para ir a la academia de baile y él toma nota, muy seriecito de las lecciones que le apunto en el método. Y paga fielmente cada lunes. Le pedí dos dólares y me dijo que le parecía escasa remuneración. No protesté cuando me dijo cinco dólares cada lunes.

—¡Con razón y no por generosidad, chiquita! El tal quería clase para él solo, cada lunes de cinco a siete.

—¿Por qué no le gusta Burnett, Fosco?

—No le acabo de ver claro. A ratos pura miel y azúcar, pero sus ojos... Será manía, pero hay dios... Escuche, yo, cuando boxeo, y por rutina nuestra, miro siempre los ojos del que está enfrente. Hablan mucho. Los hay que anuncian el golpe, y a éstos los tumbo pronto. Pero hay ojos de disimulo... Fríos, inexpresivos, y estos cualquiera sabe por dónde van a dar. Tu señor Burnett es de éstos, chiquita. Hasta ahora no hay queja, pero si se presenta la ocasión y

me llamas, será con mucho refocilamiento, que agarraré por el cuello de la chaqueta a tu señor Burnett. Y volvamos al horario. A las siete no me queda más remedio hasta que no gane yo una buena bolsa, de que Karina vaya a bailar.

—Es una academia muy correcta, Fosco.

—A las nueve, la esperamos, yo o Battling, si no puedo ir. Y no se apure ya más por Karina, Mortimer, porque antes que nadie la toque con mala idea, Battling hace pedazos al que sea.

—¡Vaya si es verdad, compadre!

—Entonces, vamos a cenar, y a las diez, todos a la camita —acabó Karina—. Pero si usted cree que mataron a Mabel por alguna maldad de Bulberry...

—Va usted bien protegida, Karina. Pero me gustaría hablar con Fosco. Ahora les dejo en su pensión a usted y Battling, y echo un parrafito con Fosco. Le daré algunas pistas, para que su protección sea aún más completa. ¿De acuerdo, Karina?

—Lo que usted diga. Yo no puedo olvidar que de todos cuantos me preguntaron entonces, usted fue el único que no habló mal de Tony.

Conduciendo en la dirección que había dado Darby, Mortimer dijo:

—Tengo una cita a la una y media. De no ser así, me hubiera gustado acabar de ganarme su amistad, Karina. En mi profesión tropezamos pocas veces con elementos que inspiren simpatía. Todo es interés, mentira, cinismo... ¡Eh, Battling! ¿Se duerme usted, o qué?

El negro hizo rodar la lengua un instante antes de contestar:

—Hace años que no iba en un coche como éste, patrón.

—¿Por qué le llamas patrón, cacho de alquitrán? —Gruñó Fosco.

—Las cosas son como son, «champ». Este Rick Mortimer le tiene ley de la buena a Karina. Y si quiere que le ayudemos, hay que hacerlo. Es de los que pegan de frente, te lo digo yo, «champ». Y además, las cosas son como son. Venga hablar de diamantes... y digo yo... ¿si los encuentra, patrón, cuánto se gana usted?

—¡Diste en toda la diana, Battling! Tutéame, Battling Crazy, porque eres grande, lo fuiste y lo eres... Si encuentro los diamantes, cobro cincuenta mil. ¡Eh, Battling! Vuelve a tocar la campana.

—Digo yo... ¿Una mercería con perfumes a pasto, qué puede

costar? ¡Has de encontrar los diamantes, «champ»!

Y muy orondo, el excampeón rió jubiloso.

Fosco Darby se encogió de hombros:

—Échale un galgo a los diamantes que tiró al mar Bulberry.

Se detuvo el «Pontiac» ante una de las casas coloniales, que dividida en departamentos, era otra de las tantas pensiones de Greenwich Village.

Bajó ella, tras estrechar la mano de Mortimer. Quedó Karina más menuda junto al exótico negrazo, que ondeó las manos en despedida, antes de desaparecer en el zaguán de ascensores.

Fosco Darby habíase trasladado, y junto al volante, comentó:

—No le falta talento, Mortimer.

—Tampoco a usted, Fosco. Vamos, pues, ahora, a emplearlo. Primera finta, ¿qué clase de convenio particular existe entre usted y ese pistolero con oficina llamado Cecil Sanders?

El ceñudo semblante del boxeador, se distendió, en extraña sonrisa, mientras en el costado de Mortimer, un cilíndrico y elocuente contacto se hacía más patente.

—Al menos acertó Battling al decir que tú eras de los que pegaban de frente. ¿Notas el dedo que te hincó en el flanco? Es de puro acero pavonado. No hace ruido, si se le atiende la indicación. Vete conduciendo lento, hasta el parque Fulton, en la transversal de embarcaderos. ¡Vaya si vamos a hablar tú y yo, amiguito! Pero llevando yo el cante. Y no me tomes por un fanfarrón, porque te aseguro que si intentas alguna jugarreta tonta, te dejo seco.

CAPÍTULO VIII

Conduciendo a poca velocidad, Rick Mortimer parecía dedicar toda su concentrada atención al tráfico.

A su lado, Fosco Darby mantenía la zurda en presión constante sobre el costado del que al poco manifestó:

—Hay sorpresas que lo son por entero. Te imaginaba agresivo por celoso afán de proteger a Karina.

—Pon tus cinco sentidos en conducir.

En la pausa de silencio que siguió, trató Mortimer de evocar la topografía del lugar hacia el que el «Pontiac» iba descendiendo.

La avenida se convertía en sinuosa, sin edificios, contorneando la vegetación de la base de la colina, que formaba el parque de Fulton.

Y la transversal de embarcaderos, era en realidad un callejón entre tapias que circundaba solares acotados junto al río.

—Para.

La orden restalló apenas el coche entraba en el callejón sombreado y desierto, sin asfaltar, con baches de obras abandonadas.

—Y conserva bien apoyadas las manos en el volante. Saca los pies del tablero.

—Tú dócil y obediente servidor, Fosco. ¿Qué nueva sorpresa me preparas?

—Machacarte si no contestas en forma adecuada. Pudiste engañar a la cándida chiquita, pero a mí, no. Primero la asustas contándole el asesinato de Mabel Mayo, y después tratas de sonsacar.

—Es mi oficio, y me esmero en ganarme decentemente el pan con mantequilla. ¡No lo hagas, Fosco! No vuelvas a hincarme tu dedo metálico en el sitio de las cosquillas, o todo terminará mal.

—Para ti.

—En otras semejantes ocasiones, me he visto. Y he tratado siempre de favorecerme, beneficiando al otro. Si te propones liquidarme, con móvil desconocido, sales perdiendo.

—Yo tengo ahora la sartén por el mango. Eres endiabladamente seductor, amiguito. Te debe ser fácil meterte en el bolsillo la voluntad ajena. Por eso mismo empecé a desconfiar apenas te conquistaste al pobre Battling. Y vamos al bulto. ¿Trabajas para ti o por cuenta ajena?

—En el bolsillo superior y externo de mi elegante chaqueta, hay un carnet, que además de autorizarme a llevar arma, me concede el derecho de efectuar investigaciones por cuenta de la compañía «Blummen» y a mi riesgo personal.

—Papeles los fabrican de todas clases. Y es ingenioso hacerte pasar por detective Así te hubieras metido de lleno en el terreno.

Rick Mortimer empezó a reponerse. Su íntimo estudio del momento psicológico para contraatacar con el menor daño posible, cedió sitio a un momentáneo alivio.

—Echa un vistazo al permiso de conducir.

—Otro papel. Es tu intención la que quiero atisbar.

—Del mismo modo que no he hecho un chiste fácil, preguntándote si tienes licencia para porte de armas, no voy a cometer la majadería de indicarte que el mejor medio de averiguar si soy o no quien pretendo ser, es llamar a un guardia.

—No lo hay aquí, amiguito.

—Tengo una cita a la una y media, Fosco. Si apartas este cacharro y encendemos un pitillo, verás cómo nos ponemos de acuerdo.

—Enciende tú. Yo no fumo.

—La pitillera la llevo atrás.

—Sácala.

Rick. Mortimer extrajo su pitillera. Manipuló despaciosamente. Un pulsador hizo asomar el cigarrillo, que pasó a sus labios ya encendido.

—Regalo de un cliente satisfecho. Vamos al bulto, Fosco. Si trabajas para Cecil Sanders, hay arreglo. Yo sólo quiero recuperar las malditas piedras, que tengo clavadas en incómodo sitio ya.

—¿Qué te hizo pensar que trabajase yo para Sanders?

—El hecho de que lo amenazaras y transcurriera el tiempo sin

que oyeras silbar balas.

—Por mí no me hubiera importado. Pero pensé que el mejor medio de evitarle a Karina cualquier daño, era hacerme el granuja cuando Sanders me envió amistosamente a sus dos matones: Pat Riley y Harold Holt. Ves que te hablo en plata. Y ahora prueba de hablarme en falso, y te largaré plomo.

—Por todos los tercios borricos que conocí, mejorando el presente... ¡soy Rick Mortimer, detective, y aprecio la bondad honesta de Karina! Nada va contra ella, ni miento. Tengo la impresión de que si todo gira en torno a Mabel Mayo, cadáver, y Karina, muy vivita y que puede ser tu esposa, es porque sin ella saberlo, los diamantes andan por su alrededor.

—Eso cree también Sanders.

La pistola se apartó del costado, pero siguió sosteniéndola Darby en su palma abierta.

—Más cómodos, detective de pega. Mete marcha y llévame a tu compañía. Ya no sé si eres un redomado embustero sinceramente convincente, o un tipo cabal.

—¡Cabal! —afirmó sonriente Mortimer, dando marcha atrás.

—Las apariencias engañan —dijo ceñudo, pero burlón en el tono, Fosco Darby.

—Yo no engaño. Me has arreado un susto de calibre grueso, boxeador del demonio. Y además del susto, mucha rabieta, porque estuve meditando unos instantes que me estaba bien empleado el dejarme cazar, por culpa de mi presunción.

—¿Presunción?

—Presumo de conocer a las personas claras. Y te vi noblote, enamorado como un poeta antiguo de tu Karina, que te envidio, porque es un mirlito blanco en esta década cruel.

—Menos salivilla.

—¿Qué hubieras hecho si nerviosamente intento darte fuerte?

—Prueba.

—Abandono por fuera de combate técnico, campeón. No está mal tu pistola, pero te recomiendo que le des lustre. Cuando saqué la pitillera pude ojearla. El cañón es de acero, pero los fabricantes de pistolas de alarma, que no necesitan licencia, no logran dar lustre de sinceridad al metal barato de las cachas y portagatillos. Y ganaste. Yo también. Queda demostrado que no me he comportado

como un granuja sorprendido, ni tú eres un sucio embustero, que es lo que temí por un momento. ¿Puede saberse el trato que hizo contigo Sanders?

—Dijo que habría posiblemente antiguos amigos de Bulberry, que podrían tratar de molestar a Karina. Que él tenía serios barruntos de que los diamantes estaban escondidos en algún sitio que Karina podía saber. Y que si yo los hallaba, había cien billetes para mí. Hice ver que tragaba.

—Y así protegías a Karina mejor. Bien. ¿Y qué hubieses hecho o harías si encontrases los diamantes?

—Depende.

—Sincera respuesta. Yo cobro cincuenta mil para encontrarlos. Te cedo diez si me lo facilitas.

—Tanta generosidad me atonta.

—Llevo ocho malditos meses tras ellos.

—¿Y por qué no dejáis en paz a Karina?

—Hay un modo de lograrlo. Ver la manera de que Sanders justifique el motivo por el que afirma que Karina debe saber dónde están los diamantes. Además de bruto, eres inteligente, Fosco. ¿Qué calibre tiene Cecil Sanders?

—Un cínico espantoso. Fino, sonriente, casi amable. ¡Naranjas! Esto es lo que aparenta. Pero húrgale, y verás a un perfecto tigre.

—Según cómo le aborde, puede que él juzgue conveniente no hacerse el tigre.

—Allá tú, si estás empeñado en morir joven.

—¿Dónde encontraría yo a Cecil Sanders sin sus dos secretarios?

—Tiene un palco en el «Ringbow», y sus tíos matones, aunque rondan, no pueden pegar salvo en caso urgente, porque hay mucha gente por el «Ringbow». Esta noche tengo yo el segundo combate, el de las patinadoras.

—¿De las patinadoras?

—Si no conoces lo que es el «Ringbow», arrímate. Y ya puedes parar. No me hace falta ir a tu despacho. Hice la prueba, como dices. No respingaste como un granuja, sino como un extrañado pastor de almas. Cala en la mía, Rick Mortimer. No quiero que mi chiquita vuelva a llorar amarguras. Si le pasa cualquier cosa por culpa de tu deseo de cobrar una fortunita, no será de alarma la pistola que te vaciaré en la caja del pan... con mantequilla.

Detenido el coche, Mortimer alzó la diestra, sonriente:

—Paz entre los hombres de buena voluntad, campeón. ¿A qué hora combates esta noche?

—Exactamente a las once y quince.

—¿Cómo tan matemático? El primer combate puede terminar antes de lo previsto en el horario.

—Vete al «Ringbow», y te enterarás por el programa.

—¿Es seguro que irá Cecil Sanders?

—Casi... Porque patina la francesa Mireya. Adiós, o hasta cuando sea.

Por unos instantes contempló Mortimer las anchas espaldas del que se alejaba, hasta que volvió la esquina.

Despertó de sus pensamientos confusos al ver en el cuadrante que el reloj marcaba la una y veinte.

Tenía el tiempo justo para llegar a las oficinas de la compañía donde trabajaba Hazel Burnett.

Y en el amplio despacho recibidor, un oficinista llamó:

—¡Mortimer!

Conocidos oficiosos. Se acercó Mortimer.

—Hazel Burnett se fue a las doce y media. Dejó este amoroso pliego muy cerrado, para ti. Yo soy el emisario Cupido.

—Si lo fueras, el amor sería una enfermedad extinguida. Gracias, Cupidón.

Bajando en el ascensor, rompió Mortimer el largó sobre, extrayendo el folio doblado en tres.

Por el zaguán empezó a leer. Se detuvo.

«Sábado, 8 de mayo, doce mediodía.

»Amigo Rick:

»Lamento posponer nuestra primera cita, y como es usual, pero no pura fórmula, siento que sea motivado por causas ajenas a mi voluntad.

»Escribo ésta en la oficina, y te la entregará Mullison.

»A las once me ha telefoneado mi tío Preston. Quería pasar el fin de semana en Mount Marcy. Le expresé mi asombro, ya que nunca me invitó a pasar ningún fin de semana que no tuviera lugar en la acostumbrada manera. Él, en Middle Town, y yo a medias. Y además le comuniqué que

tenía contigo una cita.

»Su contestación me ha dejado perpleja. Hasta hoy nunca se permitió la menor orden. Y me contestó textualmente: «Te prohíbo toda relación con ese individuo».

»¿Os habéis disputado? Estoy francamente intrigada. Trataré de averiguar por qué mi muy comedido tío emplea el calificativo individuo en su acepción menos noble.

»Si conoces Mount Marcy, podemos concertar una entrevista. Y si no lo conoces, hay guías. En la Fuente Oswego. Dicen que hay rumores de cantos indios en sus cornisas del Mirador. Procuraré dar un paseo a solas, hacia las seis. Tienes tiempo suficiente en tu espléndido “Pontiac”, para llegar a las seis.

»He de confesarte que desde que te entrevistaste con mi tío Preston, éste ha sufrido un leve cambio. Parece muy preocupado. Mi natural curiosidad femenina se ha despertado. ¿Acaso mi tío Preston se ha dejado seducir por una vampiresa neoyorkina? Pero, tú eres detective del ramo joyero.

»En fin, a las seis en el Mirador de la Fuente Oswego.

»Cordialmente intrigada,

»Hazel Burnett».

La guía adquirida era magnífica. Pero lo que durante el almuerzo y mientras la estudiaba, acabó de convencer a Rick Mortimer de que Burnett preparaba algo parecido a una fuga, era que Mount Marcy, lugar alpino, con hoteles al borde de un lago, distaba apenas diez millas de la frontera canadiense.

CAPÍTULO IX

La carretera acreditaba su condición de alpina. Abismos alternando con roquizos erizados de verdor tupido, paredones verticales de viva irisación roja, y a trechos peligrosos la relativa protección de alambradas con postes tricolores.

Muy constante, la pancarta:

«MODERAD LA MARCHA»

Otro más perentorios en su *slogan*:

«Vienes a REPOSAR, no a TU FUNERAL»

En sus excursiones, cuando estaba preocupado o el ambiente era algo opresivo, Rick Mortimer dialogaba con su segundo «yo», el antagonista perfecto, el espíritu de contradicción constante:

—El verdugo se declara netamente enemigo. Ha elegido a su sobrina como pantalla para su huida. Pero no he podido denunciarle, porque me podría costar la licencia, si simplemente se dispone a respirar estos aires tan balsámicos.

—¿Balsámicos, muchacho? Eres un botarate. Yo huelo en el aire no precisamente a bálsamo de pino, sino a incienso de funeral. El tuyo, querido.

—He tomado esta curva como marcan los cánones del poco respetado código circulatorio. Hasta el motorista al acecho me ha enviado una cortés sonrisa aprobatoria. Claro que el peligro no está en subir a esta pequeña marcha, sino en el imbécil que, lanzado a todo gas, baje y se me eche encima.

—Te consta que la circulación no nos preocupa, compañero. Nos preocupa el navegar entre bruma.

—El poético crepúsculo montañoso, si es que no te has enterado aún, capullo. Ya lo dice la guía que ciertos atardeceres primaverales...

—¿Conoces tú la letra de Hazel?

—Me entregó la carta Mullison.

—Hay veces que con todo lo listo que eres, pecas de ingenuo. Mullison es un envidioso. Estará a lo mejor enamorado de Hazel, y como Burnett es inteligente, previniendo que ella te escribiera, acude en plan de tío consciente y organizado. Velozmente se le echa encima Mullison, y le sopla que ya que es el tiito de la monada, ha de decirle que ella le dio una carta para el mal afamado galán Mortimer. Coge el tiito la carta, la lee despacio, y después substituye. Te cita para soltarte una docena de tiros. En el paradisíaco rincón... ¿Qué dice la guía, individuo Mortimer?

—Dice que la cornisa de Oswego es algo serio. Antiguo refugio inviolable por siglos de los algonquinos emplumados a lo pavo real.

—Sin literatura, mi vida.

—Que se disfruta allá la sensación de estar en lo alto de una nube, lejos de todo mundo.

—Un sitio que ni pintiparado para que el verdugo de marras te largue un viaje definitivo, apeándote de la nube.

—Lo que te pasa a ti es que, cuando no sabes de dónde pueden venir los golpes, hasta el vendedor de periódicos se te antoja un criminal empedernido.

—No, ¡qué va! ¡Como que el verdugo es un angelito!

—¡Es un funcionario del Estado! Necesario y... ¡Animal, cafre, salvaje!...

El brusco frenazo desvió por escaso margen el choque inminente con el conductor que bajaba ciñendo al interior.

Rick Mortimer se pasó la diestra por el cogote antes de reanudar la marcha por la serpenteante carretera.

En torno, danzaban lenta pavana girones de niebla.

—Estoy nervioso, eso es todo.

—Y te suda el pescuezo, con el fresquito que por estos andurriales corta el forro del cutis.

—El tipo ese surgió como un bólido fantasma.

—Así surgirá el otro, en vez de su sobrinita linda.

—No soy ningún novato, y voy prevenido. Es indiscutible que

Burnett es capaz de todo, si realmente estoy pisándole los talones. De todos modos, él no pudo matar a Mabel. He comprobado que un honorable médico, y un tendero, privadamente honorable, se relevaron de cinco a ocho, en la mesita de ajedrez, frente al indispuerto Burnett.

—Ya no eres un colegial. ¿Y si en este negocio anduvieran unidos Burnett y Sanders?

—¿Por qué iba Sanders a...?

—Respóndete, cariño.

—Del mismo modo que yo espí a Burnett, también Sanders pudo colocar mirones en torno a Mabel y Karina. Y ver al apacible Burnett. Pero el cargo de Burnett es secretísimo. ¿Y por qué iba Sanders a mandar uno de sus secretarios a liquidar a Mabel?

—Lo preguntas esta noche al interfecto... si estamos vivos esta noche.

—Es la montaña ésta, la que tiene la culpa de nuestra aprehensión. No se ve una casa ni por una apuesta. No viviría yo aquí ni por todos los diamantes del Transvaal. ¿Dónde demonios escondería Bulberry...?

La salida del viraje era abierta, demasiado, casi un ángulo recto. Pero permitía ver a cada lado de la recta que seguía, varias edificaciones.

Los hoteles y balnearios de Mount Marcy.

Una confortable sensación de seguridad, en aquellas terrazas encristaladas. Gente, con «canadiense» ellos, chaquetones y pieles, ellas.

Una pancarta al final de la recta, anunciaba que a la izquierda, a tres millas, se hallaba la pintoresquísima cumbre del Mirador de la Fuente Oswego.

Ya no era una autopista, sino una carretera comarcal. Bien trazada, con varios puentes en la roca.

—Un paisaje salvajemente arisco. Hermoso por el color, pero más que umbrío, sombrío. Cae pronto la noche por aquí.

—Son ya las cinco y media. En la montaña, a esta latitud, el crepúsculo corre que se las pela, Rick. Tú que presumes de tener pupila, ¿no notas algo amenazador en la cita escrita?

—Hazel quiere hablarme y no delante de su tío Preston.

—Ella es franca. Os hubiera enfrentado a los dos.

—Si te callas, atenderé mejor al volante.

—Excusas, no. Hazme caso alguna que otra vez en tu corta vida, Rick. Cuando aparques, antes de bajar, saca el seguro de tu preciosa «Savage». ¿No oíste...?

—Un reventón de neumático de otro coche lejano... ¡Ya oímos antes lo mismo, aguafiestas! El Mount Marcy reúne a muchos cazadores. Están disparando contra avutardas, o cabras, qué más da. Bajaré del coche, porque se está mejor protegido y hay más libertad de acción fuera, contra los estribos, que dentro.

—Te las sabes todas, tunante. Así me gusta. Tardaremos más en morir heroicamente.

—Mi heroicidad se llama «*currículum vitae*».

—Ya sabemos que fuiste a escuelas nocturnas, Rick.

La rampa cesó, para ensancharse en planicie. Un círculo de llana piedra, desde la que antaño los algonquines acechaban los valles y desfiladeros.

La atmósfera era aún luz indecisa entre el atardecer y la noche. El «Pontiac» quedó a un metro de la cornisa de piedra que flanqueaba el círculo explanada, cortado en su centro por la carretera.

Ateniéndose a las indicaciones de la guía de Mount Marcy, había recogido Mortimer su «canadiense». Y alzó el cuello agradeciendo la caricia de la tibia piel marrón cuando bajando quedó entre el flanco izquierdo del coche, cuyo radiador emproba al norte, y la cornisa rojiza.

En el absoluto silencio, parecía más cortante el frío de la cumbre. Y en efecto... Había un tenue susurro lejos, como el «rumor de cantos indios».

—Una fuente en aquella gruta —dijo en voz alta.

Era agradable oírse. Todo era quietud, lejanía, aislamiento. Las masas roquizas, los hondos valles, el curso azul de varios ríos, se veían desde allí como el contorno de un mapa apercebido desde un avión.

A tres horas de Nueva York, la ruidosa, la vitalmente movediza, donde la gente se empujaba para ir al trabajo, al restaurante, al club de noche...

Permaneció con el pulgar sobre el cierre del seguro, dispuesto a levantarlo al tiempo de sacar la automática del bolsillo.

Acababa de oír un rumor menos tenue. Eran pasos.

Reclinó más la cintura contra la roca. Fue mirando lentamente en el arco, describiendo con el cuello un lento giro.

Así debieron acechar sus antepasados, pensó.

Al fondo, un trecho oscuro de roca horadada. A cinco metros, una porción de arco muy vegetal. Arbustos que debían ser bonitos con luz de día.

Un poco más allá, otro rellano abierto en la cornisa. Una escalera más, u otro de los senderos para visitar las naturales bellezas.

—¿Quién va? —exclamó.

Estaba ya advertido por la guía, pero lo había olvidado, y respingó.

—«¿Quiéeeen vaaaa? ¿Quién vaaa?...».

El eco, en escalas descendentes, reproducía sonoro y grave su grito.

Un ronquido se hizo progresivo, y un coche pasó raudo por la explanada, faros encendidos.

Decreció el vibrar metálico, y lejano el eco triplicó un estampido de escopeta de caza.

Cazadores valiéndose del haz del foco, que paralizaba un segundo al huidizo volador.

—No va nadie —murmuró Mortimer—. Faltan diez minutos, y no tardará Hazel en llegar. No podía pararme en los hoteles, a riesgo de que me viera él.

Simultáneamente, se agachó y disparó. Hacia el fogonazo que surgía del borde de la cornisa, a su derecha.

Una escopeta de caza, cuyo estampido se mezcló al de su pistola. Levantando esquirla en la roca, que despidió chispas, y perforando su pistoletazo el aire donde antes estuviera el tirador que pretendía cazar hombre.



Disparó rápidamente...

Corrió Mortimer en zigzag, furioso. Le habían disparado desde un rellano de los terminales del sendero a la explanada.

Y estarían esperándole a que fuera tan cándido como para asomarse. Corrió hacia el macizo horadado, pero mirando el rellano desde el que dispararon.

De nuevo un silencio absoluto, porque el rumor de la fuente era ya consubstancial con la fría caída de la noche.

Los faros del «Pontiac» tenían algo de fantasmal en su perforación de la obscuridad, allá a veinte metros.

Fue avanzando adherido al contorno roquizo junto al umbral de una gruta. Su diestra le precedía en todo el largo del brazo.

Y se asomó velozmente, proyectando hacia el laberinto de bosques y senderos el haz de su linterna, en rápido escarceo.

Saltó atrás, pero al volver a asomarse, sin proyectar luz, comprendió que el tirador alevoso había renunciado por el momento, al comprobar que de cazador pasaba a ser posible liebre.

Pero los senderos trezaban guirnalda en rededor de la cornisa. Más que retroceder, fue saltando hacia atrás, hasta que parapetado al flanco del «Pontiac», pensó que el segundo escopetazo no partiría del mismo sitio. Posiblemente al otro extremo del arco.

En el cuadrante luminoso, las manecillas de la esfera marcaban las seis y cinco. ¿Por qué demoraba Hazel su llegada?

El rumor que se acercaba era confortante. Un vulgar motor de coche... Vulgar y confortante, hasta que no demostrase otra cosa.

Y apareció, frenando, un «Mercury». Se aproximaba hacia el «Pontiac». Lo conducía un hombre, y no había nadie más en el interior... visible.

Paró el motor y bajó. Llevaba polainas, calzón azul y chaquetón sobre la guerrera azul. Gorra con visera.

—Buenas noches, señor Mortimer. Estoy al servició de los excursionistas que frecuentan Mount Marcy. Una señorita que estaba tomando el té en la terraza del «Platsburg», me llamó. Hablaba como temerosa de que acudiera alguien a interrumpirla. Me dio cinco dólares, para que viniese a decirle que le era imposible acudir aquí, porque su tío estaba constantemente a su lado. No estaba entonces... —terminó sonriendo el taxista.

—¿A qué hora le dieron el encargo?

—Más o menos las cinco y media dadas. No faltaría mucho para las seis menos cuarto. Tuve que atender a un señor que me pedía precio para mañana contemplar el amanecer desde aquí.

—Gracias. Tome por la molestia... Precédame en su coche, y me señalará el emplazamiento del «Platsburg».

—A sus órdenes, señor Mortimer.

Con la luz precisa para apercebir el tren posterior del «Mercury», fue conduciendo Mortimer en el descenso-retorno.

—Claro como el agua de la fuente que no has visto, Rick. El tío Preston no la deja, hasta que a las seis menos cuarto, ya habiéndome visto pasar, dice por ejemplo que va a telefonar. Ella llama a este buen hombre. Y el tío Preston coge su coche, me pasa por delante de las narices, y va instalándose para largarme su escopetazo.

—Tendrás que encontrar la escopetita, cariño. Y mucho me temo que la escopetita, el tío Preston y los diamantes estén ya camino del Canadá. Mil senderos propicios. Te ha fallado, y debe largarse. ¿Simpático el tío Preston, verdad?

—Si te callas, trataré de concentrarme. Ahora en el «Platsburg» me encuentro a Hazel... Ni puedo decirle que su tío es el verdugo, porque lo juré ante autoridad competente, ni insinuar que me ha largado un escopetazo.

—¡Pero ella te dirá si escribió o no la carta!

—Estás en todo, niño.

El coche delantero penetraba ya en la recta de los hoteles y balnearios. Luz, vida, animación relativa, pero enorme comparándola con la existente en la cornisa de Oswego.

Y el «Mercury» se adornó con una manga azul, y una mano enguantada indicó rectamente hacia una terraza encristalada, sobre cuyo toldo inclinado, un conjunto de puntos fluorescentes anunciaban: «Platsburg Ressort».

CAPÍTULO X

Un absorto bebedor de cerveza, una pareja compartiendo mieles verbales y té, una señora con aspecto de institutriz y, en sillón esquinado, Hazel Burnett, que miró interrogante al irse acercando Mortimer. Una mirada expresiva de éste, a la que contestó diciendo:

—Mi tío puede venir de un momento a otro, Rick.

—Lo celebraré inmensamente. ¿Puedo sentarme y solicitar con urgencia que me traigan un café con leche? No sé todavía si me lo beberé o me lo echaré entre el cuello de la camisa y la espalda. Allá arriba hace un fresco que frigorífica.

—Perdóname, pero me fue imposible. Desde este mediodía, mi tío no se separa de mi lado.

—¿Sí? Pues ahora no lo parece.

—Me dijo que iba a comprar tabaco de pipa.

—¿Fuma en caldera?

—Se habrá entretenido en algo. Hace ya más de media hora que se marchó, y puede venir de un momento a otro. Se molestará si nos ve.

—Magnífico olorcito. Nada mejor que el café con leche para soportar la impresión de la comisa de la Fuente de Oswego.

—Tienes aspecto de estar furioso contra alguien. Ten presente que mi tío Preston, puede estar influenciado por chismes y comentarios sobre tu fama de conquistador sin escrúpulos. Debes, pues, estar amable con él.

—Lo estaré. ¿Cogió el coche para ir a comprar tabaco de pipa?

—Salió, y no sé. Espera. Me parece que sí. Debería estar allá, bajo aquel cobertizo.

—Entonces habrá ido a fumar su pipa al estilo indio. Por las cumbres solitarias donde el águila se cierne... Tienes una hermosa letra, Hazel.

Miró ella el folio escrito, y replicó:

—Algo picuda, pero dicen que es femenina, al estilo francés del «Sacr -Coeur», un colegio de muchachas.

—Entonces, sólo t  y yo sabemos que esta cita y su plant n correspondiente tenían lugar all  arriba.

—Lo siento, Rick, pero pasaste a poca velocidad por delante de esta terraza y te vio mi tío. Me miró por vez primera con ojos coléricos. Y tuve que prometerle que no iría a reunirme contigo all .

— Especificaste dónde?

—Naturalmente.

—Ya. Y ahora a esperar a tu t o Preston,  no?

—Estás raro,  o es que no puedes perdonarme si tengo que respetar a mi tío Preston? Yo quise hablar primero contigo, y saber a qué atenerme para después vosotros dos... mantener una explicación clara. Cambi  mucho desde aquel día en que nos conocimos, Rick.

— En qué viste que ha cambiado?

—Menudencias. Parecía inquieto, cuando llamaban. No prestaba tanta atención a sus libros. Se distraía frecuentemente. Es incorrecto mirar tanto el reloj, cuando se est  en compañía de una muchacha, Rick.

—Tengo una cita a las diez y media.

— Rubia o morena?

—Puro negocio. Y si tarda mucho tu t o Preston, tendrá que irme sin tener la satisfacción de charlar con él.  Por casualidad le gusta cazar a tu tiito?

—Que yo sepa, no. Ni creo que eligiera este sitio con intenciones cinegéticas.

—Una palabreja preciosa. Tomo nota mental.

— Puedo saber ya por qué est is enemistados los dos?

—Tonterías...  l dice que sí, y yo que no.

—Si no eres más explícito...

—Puede que antes de unas horas lo entiendas.

—Ser  tu carácter, o te gusta hacerte el misterioso, Rick. Hablas de mi tío como si fuera un enigma.

—Lo es.

— No! —rió ella regocijada—. Ha querido apartarme del funesto influjo de tu fascinación corrompedora de tímidas muchachitas. Ya le dije que ni tú eres tal como pintan, ni yo soy una frívola muñeca.

Pero se parapetó en un mutismo reprobador.

—Y ahora en cambio te deja solita.

—Puede haber encontrado un conocido, o simplemente se aburría tanto tiempo aquí, sentados. Estuvimos paseando hasta las cinco. Un paisaje precioso, ¿verdad?

—Lo recordaré años. Resulta que hay minutos que se estiran hasta alcanzar dilataciones enormes. Los he vivido allá arriba. Oyendo por todo ruido, un blando bisbiseo de fuente. Y de vez en cuando, ¡zas!, escopetazo al canto.

—¿Escopetazos?... Ah, los cazadores torpes.

—¿Por qué torpes?

—Si fueran buenos tiradores no necesitarían ayudarse con linternas. Es un modo de cazar que debería prohibirse. ¡Pobres animalitos!

—También llaman alimaña al jobo, y muerde. Vaya, se anima la cosa... Baile al interior. ¿Vale un par de vueltas con música?

—Aceptaría, pero si mi tío nos sorprende bailando, se enojará.

—Tu tío Preston ya empieza a ponerse molesto, hasta ausente. Un tan puritano familiar, debería estar aquí, puesto que sabía que rondaba el lobezno Mortimer.

—Puede suponer que al no ir yo a la cita, tu amor propio te haría regresar a Nueva York.

—Lo malo es tener que suponer, Hazel. Con tu permiso voy a telefonear.

En la cabina examinó el mapa-guía.

Siguió con el índice varios trazados de carretera. Había varios accesos para llegar al Mirador.

Y también muchas sendas para internarse de noche, a pie, por los primeros valles canadienses.

Marcó un número, pidiendo conferencia con Nueva York. Le notificaron que había demora de tres horas por lo menos.

Canceló su petición. Casi llegaría al mismo tiempo que su conferencia.

Una visita rápida a un archivo. Un dato esencial.

Cuando se sentó de nuevo junto a Hazel, interrogó:

—¿Todavía sin aparecer nuestro Preston Burnett?

—Empieza a molestarme tu retintín irónico, Rick.

—Hablemos de otra cosa, que no sea el tiempo, entonces. ¿Conoces un espectáculo llamado «Ringbow»?

—Estuve alguna vez. Buscando asegurar patinadoras. Inauguraron hace unos meses. Alternan combates de lucha y boxeo con patinaje sobre hielo.

—Conocerás mucha gente en tu profesión, Hazel.

—Montones.

—Esta noche he de entrevistarme con un individuo... Éste sí que es un individuo. Un tal Cecil Sanders.

Arqueó ella las cejas, repitiendo entre dientes los nombres.

—Tengo buena memoria.

—¿Lo conoces?

—No.

—Yo tampoco, pero esta noche espero sostener con él una charla interesantísima.

—Espera un momento... ¿Apareció en los periódicos este Sanders, Cecil?

—Tal vez. Bien, ¿hasta qué hora vas a esperar a tu tío?

—No hay hora. Es libre de pasear, como yo, hasta la hora de la cena.

—Me gustaría acompañarte, pero lo dicen los franceses. Los negocios son los negocios, y los agradables instantes son cortados, añado yo. Cuando asome tu tío Preston, dale recuerdos de mi parte... si es que asoma.

—¡Rick! ¿Qué estás insinuando? No puedes despedirte así... Empiezo a estar inquieta. ¿Le ha pasado algo a mi tío?

Rick Mortimer sonrió sarcástico:

—Me temo que sí, Hazel. O puede que no. Pero si antes de la cena no le ves asomar, avisa a la policía. Pasan cosas por estas montañas y contornos. Buenas noches, Hazel.

—Pero... ¡no puedes irte así! Tienes que ser más explícito, y yo...

—Seré más explícito cuando tenga el dato esencial y definitivo, Hazel. Y, francamente, lo siento por tu tío. Buenas noches.

Ella inició otro gesto de contener al detective, pero éste dando media vuelta se alejaba, dando al pasar un billete al camarero.

Y el «Pontiac» arrancó raudo, en su descenso hacia el Sur.

CAPÍTULO XI

Los arcos voltaicos convergían con diversidad de colores cambiantes, por obra de los discos de reflectores, sobre la blancura de la pista de hielo del «Ringbow».

Según el programa adquirido en taquilla, a las once menos diez actuaba Mireya, la patinadora francesa.

Antes de adquirir el programa, preguntó Mortimer:

—¿Sabe usted si el señor Sanders ha retirado su localidad?

Consultó la taquillera un carnet, para decir:

—El señor Sanders es abonado al palco once.

—¿Tiene libre el palco contiguo?

—Un instante... No han retirado la reserva del palco nueve, y puede usted disponer. Numeración impar. El nueve está junto al del señor Sanders. Buena visibilidad. Frente mismo a la pista de hielo. Y se ve perfectamente el «ring».

Un palco confortable, de buenos sillones. El antepecho mullido, de pana oscura, permitía apoyarse.

En la pista, trenzaba Mireya sus aladas evoluciones. Rubia, alta y no flaca.

La orquesta, en el estrado alto, interpretaba un dulzón y sentimental vals, predominando las agrídulces escalas de los acordeones.

El negro satén hacía más deseable la escultural figura de Mireya, en sus evoluciones mitad vienesas, mitad «sexy».

Una sabia mezcla, que al terminar su actuación le valió la aprobación del público.

Encendiéronse las luces normales. Cinco minutos de entreacto. Un foco inició tanteos sobre el «ring» en la segunda pista.

El programa advertía que el juego de luces hacía perfecta la visibilidad en ambas pistas, desde cualquier lugar del local, antiguo velódromo.

Al cesar las patinadoras, y converger a las once sobre el «ring» el quíntuple foco colgante, sólo se vería lo que entre cuerdas pasase. El programa lo anunciaba con rotundos adjetivos:

«A las
23 h.
»Sensacional reaparición de

RUSS FLANAGAN
«Kid Dinamita»,
setenta y siete kilos,
contra
FOSCO DARBY finalista del torneo circular,
setenta y ocho kilos.

»A la distancia de diez asaltos, de tres minutos. En este combate se le ofrece al pegador y encajador Fosco Darby la gran ocasión de encumbrarse.

»Para Fosco Darby es la gloria fulgurante, sacándole de su condición de destacado pero poco conocido finalista de torneo de los suburbios.

»Para Russ Flanagan, es afianzarse en su posición de arrollador primera serie en el “Ringbow”.

»Asistirá el distinguido público a una encarnizada batalla desde el primer toque de “gong”. Las apuestas oficiales, en las taquillas de la cafetería, galería cuarta, entresuelo».

Lo iba repitiendo un altavoz gangueante, y lo había anunciado el programa de espectáculos.

Un letrero luminoso iba substituyendo números, según las fluctuaciones de las apuestas.

Siete a dos a favor de Russ Flanagan, «Kid Dinamita».

Apoyándose en el antepecho, pudo Mortimer mirar al palco de su derecha.

En el palco once, en su esquina más alejada del ocupado por Mortimer, se acodaba de lado, negligentemente, un individuo de anchas espaldas, flaco rostro, ondulado cabello medio gris.

Muy distinguido. Una expresión de elegante aburrimiento en su

tensa faz.

Perfecto el corte de su blanco «*smoking*», de anchas solapas de terciopelo negro. Llevaba con prestancia el nudo de mariposa encajado adecuadamente en el blando cuello de blanca seda.

Tenía empaque de aristócrata Cecil Sanders. Su comercio oficial era vender toda clase de objetos de arte, encuadernaciones de lujo, muebles auxiliares de gran precio.

Bostezó delicadamente, cubriéndose los delgados labios con toques de su diestra. Larga. Un pequeño rubí engarzado en platino, en su meñique.

Botonadura de perlas negras. Un brazalete de oro, en gruesos eslabones, hacía más denso el vello negro de su muñeca izquierda.

Y sin embargo, pese a sus joyas, daba la impresión inmediata de seguridad en sí mismo, de viril decisión.

Sus claros ojos se posaron un instante en Rick Mortimer, que le dedicó un saludo.

Cecil Sanders sonrió tenuemente, pero sus ojos interrogaron cortésmente.

Avanzó un poco el busto Mortimer:

—Buenas noches, señor Sanders. ¿No me recuerda?

—En estos instantes, le ruego me perdone, pero... ¿Acaso en el «Stork»...?

Las luces se apagaron. Dijo Mortimer:

—Tengo que pedirle unos minutos para tratar una cuestión de vital interés. Me interesa este combate. ¿Le resultaría inoportuno que solicitase...?

Rugió el altavoz:

»—Sobre el «*ring*», Fosco Darby...

Cecil Sanders hizo una señal de asentimiento. Miró al cuadrilátero. Mortimer también.

En su esquina, atendido por un cuidador de la empresa, Fosco Darby, sin albornoz, estrechó la diestra vendada que tendía Russ Flanagan.

Calló el gangueo, y en el centro del «*ring*», el clásico trío. Arbitro de «*smoking*» negro, que hacía resaltar más la blancura musculosa de ambos púgiles.

Más alto Darby, más achaparrado Flanagan.

Las apuestas marcaban el definitivo conteo. Ocho a tres, a favor

de Russ Flanagan.

Más veterano. Se adivinaba en su soltura preliminar. En cambio, Fosco Darby aparecía más ceñudo, preocupado, como el que sabe que va a jugarse una carta decisiva y el contrincante lleva muchos triunfos.

Alardeaba con razón el «Ringbow» de que en su «ring» no se amañaba ningún combate. Vencía el mejor, o el que tuviera más suerte.

No contaba en sus programas con luchadores y pugilistas reconocidos como insinceros.

Calzados los guantes, Fosco Darby frotó las delgadas suelas de sus zapatillas en el recuadro.

Asido de las cuerdas en su esquina, aumentaba el volumen de su espalda.

Un defecto, pensó Mortimer. Demasiado estrecho el talle.

El estómago de Flanagan era más amplio, más de «fondo». Y tenía una envergadura desproporcionada a su talla.

Dominaría a la media distancia y al largo. Sonó el «gong».

Imperativo, en su teatral manoteo, el árbitro exigió la cortés y deportiva rutina.

Ambos púgiles tendieron los dos brazos, chocaron los guantes y saltaron hacia atrás.

Flanagan quedó en línea, erecto, dominador. Fosco Darby contrajo el cuello, y semejó la tortuga encerrándose en su caparazón.

Pero soltó en largo su derecha, y atacó, penetrando en el interior de la guardia engañosamente abierta.

Pegó, pero era frenado por los directos casi despreciativos de su rival.

Había tesón y aplomo en el pegajoso insistir de Fosco Darby. Sabía cubrirse a tiempo, y encajaba bien.

Los golpes restallaban secos, en tanteo eficaz. El toque de «gong» localizó a Flanagan esquivando en una esquina.

Se encendieron las luces.

A la vez se miraron Mortimer y Sanders.

—Pega bien el moreno —dijo Mortimer.

—No llegará al tercer asalto. Russ Flanagan se administra. Si no está acompañado, ¿me hace el honor de compartir mi soledad?

Al entrar en el palco once, Mortimer encontró en pie al que era más alto que él. Dijo:

—Me llamo Rick Mortimer, señor Sanders.

—Encantado de conocerle. Disculpe mi anterior olvido.

Sentándose en la otra esquina, replicó sonriente Mortimer:

—Gracias. Me elogiaron su extremada cortesía.

—Elemental. ¿Ha apostado algo?

—No.

—Sería jugar con ventaja, invitarle a apostar por su amigo.

—¿Mi amigo?

—Habló usted amistosamente del «moreno» Fosco... ¿cómo se apellida?

—Darby.

—Eso es. Fosco Darby. Lucha demasiado abierto, y cuando quiera, Flanagan le asestará el primer mazazo.

Permanecía Sanders de lado, con soberana indiferencia en el semblante.

Rick Mortimer se dedicó de nuevo al combate entablado en el *ring*.

Flanagan atacaba a base de una serie de rápidos zurdazos en directo, buscando colocar su diestra en gancho, tan pronto Fosco Darby descubriera su barbilla o su flanco.

Pero Fosco Darby poseía un buen juego de piernas. Se ganó el primer aplauso al conectar un poderoso gancho en corto.

El aplauso a la víctima valiente.

Flanagan encajó sin pestañear, replicando con un doble «jab» que hizo retroceder a Fosco Darby.

Era evidente que en el «Ringbow» no daban facilidades a los procedentes de los suburbios.

El árbitro protegía más al debutante en el local, para prolongar el espectáculo.

Un contundente directo, formó una rojez súbita, en el pómulos izquierdo de Darby, que se tambaleó, pero sin cubrirse, martilleó con coraje.

Los aplausos fueron creciendo, y el «round» terminó entre silbidos de entusiasmo, acorralado Flanagan de nuevo.

—Juega los codos con arte Flanagan —comentó Sanders—. El ataque de Fosco es aparatoso, pero inútil. ¿Y qué se le ofrece, señor

Mortimer?

—Mucho y poco. Pero es para discutirlo con suma atención, y por entero absorto en ello.

—¿Puede anticiparme el tema?

—Elegir entre

Sing-Sing

y diez mil dólares —dijo afectuosamente el detective.

Era afectuoso el tono. No la expresión facial.

Cecil Sanders avanzó el labio inferior en mueca burlona.

—Un tema fácil. Nadie desprecia diez mil dólares. ¿Los necesita usted para evitarse el ir a

Sing-Sing?

Me han consultado en casos similares. Siempre he aconsejado que me imiten. No admito ofertas donde la valoración sea tan ofensivamente barata.

—Es que... es usted el que va a ir a

Sing-Sing.

—Mi querido señor, y coloque usted dos puntos... Me han achacado turbios manejos, que no me he dignado rebatir. Nunca, tan directamente, me han anunciado un viaje tan contrario en su término, a mi concepto del buen vivir. ¿Su profesión es la de bromista sin gracia?

—No tiene gracia mi profesión. Soy detective de los llamados joyeros.

—Interesante. Tercer asalto, señor Mortimer.

Un hombre plenamente dueño de su sistema nervioso... y además ya anticipadamente conocedor tal vez de la visita del detective.

Mortimer miró de nuevo el «ring».

Flanagan estaba machacando científicamente los flancos de Fosco Darby. Dominaba por completo. Empujó con el antebrazo a su flotante adversario para poder asestarle mejor el impacto en el estómago.

Fosco Darby se arrodilló, como si le hubieran golpeado con un canto en los tendones de unión de muslo y pantorrilla.

Aspirando como en el gimnasio, Flanagan fue a su rincón. Al contar ocho, el árbitro juntó las dos palmas, dramáticamente cumpliendo con el reglamento.

Su amplio brazo en el aire, invitaba a Flanagan a rematar a Fosco Darby, que sacudiendo la cabeza, se parapetó tras sus guantes.

Avanzó ligero, pero no confiado, el veterano. Era conocida la treta de fingirse «tocado» al levantarse de un conteo.

Lanzó en finta su izquierda, y pudo doblar tranquilo en derecho impresionante. Era el fin.

Pero un alarido ensordeció el ámbito circular. El derecho destinado a conectar con la barbilla descubierta, subió hacia arriba.

Y en inconsciente tambaleo, en sobresalto muscular, Fosco Darby acababa de atinar casualmente.

Su «swing» lateral, ciego, alcanzó de lleno en la sien a Russ Flanagan, que perdido el equilibrio por su propio impulso, y aumentada la oblicuidad por el potente golpe de suerte, cayó de lado, grotescamente.

Fosco Darby tuvo que ser empujado hacia su rincón por el árbitro. Segundos preciosos en el conteo.

En la lona, cara arriba, brazos abiertos, Russ Flanagan estaba quieto, cerrados los ojos.

—¡Siete!... ¡Ocho!...

El «gong» sonó y un clamor de protesta surgió por parte de los que apostaban por Fosco Darby. Pero se impuso la realidad. El conteo había sido perfectamente legal.

Y tanto derecho tenía Flanagan a beneficiarse del favor del minuterio a la vista, como Darby de un golpe de suerte.

—El mundo nos reserva sorpresas en cada esquina. Hubiera apostado sin temor por Flanagan. Y hubiese perdido.

—Todavía hay combate, Sanders.

—Un golpe así, roza la conmoción. Fíjese en Flanagan. No puede con su alma. Se pondrá en pie, pero es corto un minuto para reponerse. Este amigo suyo acaba de calzarse la oportunidad de ganar dinero. Si tumba a Russ Flanagan, se convertirá en figura de la empresa. Un contrato bueno, si el chico sabe aprovechar su suerte. ¿Qué relación hay entre diez mil dólares y Sing-Sing?

—Otra cifra: ochenta y siete diamantes.

—Sus cabalísticas tendencias al jeroglífico, resultan amenas. ¿No le dije? Se mantiene en pie, pero «sonado».

Russ Flanagan al sonar el «gong», alzó su brazo derecho. Y cayó de nuevo sentado, medio inconsciente aún. Conmocionado.

Fosco Darby bailoteó alegremente por el «ring». En giros saltarines de contento.

Enmudecieron las protestas de los perdedores, cuando el locutor acercó el micrófono al rostro de Darby.

Y el italo-yanqui demostró talento al discursar:

—Me satisface tener la oportunidad de combatir de nuevo en este «ring». Y admito que estaba al borde del «K.O.», cuando logré con un solo golpe afortunado, derribar a Russ Flanagan. Procuraré mejorar el desquite.

La ovación fue unánime al despedirse Fosco Darby. También lo fue la protesta contra el tambaleante y tímidamente respetuoso Russ Flanagan.

—Gloria y sordidez del «ring», Mortimer. El ídolo cae, y lo escupen. La humanidad es egoísta y cruel.

—Más que un «gángster» solapado, parece usted un filósofo.

—Le recomiendo la adquisición de un manual que precisa usted mucho, Mortimer.

—¿El «Manual del Aprendiz de Aviador»?

—De la más elemental cortesía.

—Llamarle a usted «gángster» solapado, es un piropo. Por las comisarías le llaman a usted cosas mucho peores.

Sonrió ácidamente Sanders al replicar:

—Mi portera puede comer coles, sin que yo las repita. O eructe, señor Mortimer.

—Primer asalto a su favor. Tenemos diez minutos de intervalo. No he venido a gastarle bromas. Para mí se trata de algo muy serio: ganarme cuarenta mil dólares.

—No lo dudo. Pero no presto a desconocidos.

—Yo sí. Yo le voy a prestar la única ocasión de ir a pasear su elegante mundanidad por el extranjero. Yo sólo quiero recuperar los diamantes de Bulberry.

—Bulberry nunca tuvo diamantes. Era un presuntuoso que se supuso muy superior a los demás de su calaña.

—Y que le ha tenido a usted loco... ¡hasta después de muerto! Si Bulberry era tan poquita cosa, ¿por qué adopta usted entonces la suficiencia de un Emperador del turbio mundillo negocial que nos

toca vivir?

—Para ser detective, basta una licencia, creo.

—Pero para comer y no coles, en mi profesión, tenemos que demostrar si valemos.

—¿Y vale usted diez mil dólares?

—Desde esta tarde a las seis y media, valgo exactamente cincuenta mil dólares, a cobrar mañana, que abren los Bancos. Pero estoy dispuesto a regalarle diez mil, si me evita molestias.

—Me tienta usted, amigo mío. Por perderle de vista y la tácita molestia que ello supone, casi le daría yo esa cantidad. Ignoro, señor Mortimer, hasta dónde llega su capacidad profesional.

—Le permitiré echar una ojeada, levantando un poco la cortina. He estado conversando diez minutos con un abogadillo llamado Thomas Rochester. Y me duelen los nudillos porque tuve que emplear medios persuasivos. Lo dejé amarrado en su sucio despacho. ¿Lo soltaré, señor Sanders, o no?

—La conversación es gratis. No me interesa ya el resto del espectáculo. ¿Acepta una copa en mi despacho?

—Ni hablar, señor Sanders, por favor... Tiene usted un par de secretarios que no me son desconocidos, pero sí, sumamente antipáticos. ¿Cuál de ellos mató a Mabel Mayo?

—Esto son palabras mayores, mi querido Mortimer. No entra en mi extenso terreno de actividad el asesinato, aunque sea por delegación en un secretario.

—Están verdes, dijo la zorra, cuando vio que la uva no se dejaba tragar. Yo no voy con usted a ninguna parte, porque admito que es usted muy superior en el arte de eliminar. Al estilo veneciano. Sonrisa y puñalón. Me quedo con la sonrisa, por ahora.

—Hay negocios muy difíciles de llevar a feliz término, si no existe una documentación que ate a arabos contratantes.

—¿Cuál, por ejemplo?

—Usted firma conservar secreto lo que pueda saber, a cambio de percibir en el acto una cantidad. Cantidad estipulada simbólicamente sobre el papel. Yo no pienso entregar, sino percibir. Y no diez mil dólares, señor Mortimer. Valen mal tasados cerca del millón sus diamantes.

—Y usted vende la piel del oso antes de mostrarla.

—No muestra usted nada... salvo estos nudillos doloridos en su

consulta al abogado Rochester.

—También Rochester se puso cínico cuando le visité, entre otras cosas que hice a mi regreso de una excursión. Tuve que hablarle de mi expediente. Visitaron a Bulberry muchos abogados, además de Jameson. Era un caso de público, de propaganda para el defensor. Cuando el indulto era fácilmente comprensible que no se obtendría, Rochester visitó oficialmente a Bulberry, como otros abogados. Y Bulberry, según propia admisión del maltrecho Rochester, le dijo que siendo él un abogadillo sucio, podía ganarse el aprecio de Cecil Sanders, transmitiéndole un mensaje especial, y verbal.

—Exactamente: «Si eres tan listo, Sanders, busca lo que todos buscan. Brillan mucho. Y ellas dos, dirán que no saben nada. El gato no corre tras la ratita, la espera». Eso fue lo que vino a retransmitirme Rochester. Estaba seguro de que Bulberry había perdido la razón. Adivina, adivinanza... Muy propio del venenoso perturbado mental que era Bulberry.

—Que murió hace ocho meses, y sólo ayer descubrió usted el escondite genial. No las escondió para jugar a las adivinanzas. Pero al ser atrapado, fue pensando que podía vengarse de usted, por envidia, de Mabel por delatora, y de Karina... porque no se avino a convertirse en una cualquiera más.

—Persisto en elegir otro lugar para nuestro pacto.

—¿Mi despacho?

—Hay micrófonos, paredes... Se vuelve uno muy escéptico, al tener que tratar con negociantes modernos. Si usted no da el «placet» a mi domicilio, admita mi derecho a la reciprocidad.

—¿Mi coche?

—Al igual que usted denegaría el mío, le imito.

—El trato no requiere tantos documentos. Deme los ochenta y siete pedruscos. Y por haberme evitado un trabajo extraordinario, le concedo el derecho a irse lejos, antes del amanecer.

—Un trato inadmisible.

—Entonces, renuncio al armisticio. Esto no es Panmunjon.

—Execro su concepto del humorismo. Buenas noches, Mortimer.

—Para mí, opíparas.

—¿Si deseara verle, dónde puedo encontrarle?

—Me verá desde detrás de unas rejas, cuando vaya a contarle cómo logré amarrar rodos los cabos sueltos. A propósito, Sanders...

Me olvidaba decirle que si usted posee el aparato de radio de Mabel Mayo, sigue en poder de Karina Rinaldo el portarretratos. Buenas noches, elegante y distinguido amigo. Telefónee al sastre de Sing-Sing.

Los entrega a medida... a medida que van llegando. ¿No se ríe? Yo sí. Lo leí en la hojilla de un almanaque.

Recogiendo su abrigo de entretiempo y el sombrero de fieltro negro, dijo Sanders:

—Vamos a su coche, Mortimer. El segundo asalto es de usted.

CAPÍTULO XII

—Usted primero, Sanders.

Entró el invitado en el «Pontiac», acomodándose, y cuando ya se hubo instalado Mortimer tras el volante, dijo Sanders:

—No recurro nunca a violencias, salvo ser requerido a ellas, o fallando en mis contraofertas negociales. Usted y yo, en diferente escala, somos idénticos. Usted paga por obtener unas joyas; yo por venderlas.

—Robadas.

—No por mí. Digamos que recuperaré parte de ellas, y esperaba la oferta natural, muy legal, de la compañía aseguradora.

—Hay de por medio una muerte, Sanders.

—Tres. Pero eran torpes asesinos vulgares.

—Me refiero a Mabel.

—Leí su accidente. Y puedo demostrar que ni yo ni mis dos secretarios tuvimos nada que ver con el fin previsible de Mabel.

—¿Previsible?

—Quien mal anda, mal acaba.

—Su cinismo es espantoso, Sanders.

—Digamos que yo elijo cuidadosamente mis caminos, por si surge una curva no prevista, no despeñarme. En este detalle, en asegurarse contra accidentes, estriba mi diferenciación con vulgares maleantes. La vida es dura, Mortimer. Hay que calcular.

—Calculemos. Si logro convencerme de que Mabel no murió por instigación suya, daremos por bueno que usted recuperó parte de los diamantes. Lo único difícil es que la policía, a la que la desaparición de un aparato de radio, entre otras cosas, del piso de Mabel, no extrañó demasiado, podría meditar la relación entre dicho robo y el medio empleado para impedir que Mabel volviera a su piso. El robo hacia las cinco y media, hora en que Mabel esperaba a Burnett... y ella no debía volver, porque de pronto, al no

encontrar su radio, empezaría a pensar en los instantes en que Burnett permanecía junto a la radio. Una frase que dije como un lugar común, y Mabel asintió. Sí, su bondadoso galán la besaba en la mejilla, y se entretenía pacientemente oyendo la radio, mientras ella se preparaba para ir al «Gaiety». ¿Cómo se relacionó usted con Burnett?

—Ignoro quién es el tan mentado Burnett.

—A su gusto. Le llevo donde quiera, Sanders. Usted es un prudente sibarita, y le deformaría el traje llevar arma de fuego. ¿Un estilete en el bastón?

—Los mosquitos los aplasto con rejilla alambrada. Con usted, en caso necesario, emplearía las manos. Pero no hay motivo. Usted y yo pasamos por la vida como espectadores de otros combates. Somos tolerantes. Porque la intolerancia es una plaga repulsiva.

—No tolero que me contesten en falso. Me resultaría más cómodo llevarle a la comisaría más cercana, Sanders.

—Si tolera esta incomodidad, de permanecer como una amartelada pareja en coche aparcado, sus cálculos tendrá hechos, Mortimer.

—No perder más tiempo buscando la radio de Mabel Mayo.

—Está reducida a escombros... salvo su soporte. Yo ignoraba que había sido un regalo de Bulberry a Wilkie Reynolds.

—El cual lo entregó a Mabel, presumiendo de generoso. Para el portarretratos fue más sencillo. Bulberry iba a visitar a Tony Rinaldo, cuando éste merendaba con su hermanita, alguna que otra vez. Sopesó el portarretratos, donde aparece reunida la entera familia Rinaldo. Bronce macizo.

—Es de deducir que Bulberry, al planear el atraco al diamantista, pensaba eliminar a Rinaldo y a Reynolds en el reparto. Y buscar un escondite seguro, por si sucedían imponderables. No podía entrar en la alcoba de Karina ni en el piso de Mabel fácilmente.

—Y, acertadamente, supuso que la radio que él mismo averió disimuladamente iría con su soporte fijo y lastrado al bazar de procedencia. Al mismo donde indujo, sin demostrarlo, a que Tony Rinaldo le comprase el hermoso marco de bronce macizo a Karina. Un marco pesado, ornamental, que se cuarteó, requiriendo una reparación. Lo llevó Karina al bazar de procedencia. Y allí le

aseguraron que tardarían sólo unos días. Siete a lo máximo. Es fácil reconstruir, cuando ya se asió el hilo que conduce al final del laberinto.

—Es innegable que Bulberry estuvo ingenioso. Poseía ya los dos escondites. Todo en un sitio, era exponerse a perderlo todo, en un contratiempo imprevisible. Pero ambas piezas, reparándose en un taller, del que se posee la llave falsa, y disponiendo de unas dos horas, permiten manipular adecuadamente, cuando con días de anticipación se ha planeado todo.

—En el soporte de contrapeso, substituir las planchas de plomo, por una sola plancha bien calibrada. En la que se incrustan piedrecitas.

—Corrijo. Yo examiné el interior del soporte —dijo Sanders, siempre mirando en el parabrisas, apoyada la barbilla en el puño del bastón erecto entre sus piernas—. Unas cajitas atornilladas entre sí, conteniendo cada una varios diamantes. Ningún operario tocaría aquel soporte, intacto al parecer.

—Pero el que lo supiera, tenía que llevarse la radio. Y entonces Mabel pensaría en el regalo, en la reparación. El taller, inocentemente, remitió cómo correspondía la radio reparada, y el marco. Pero el marco ya no era de bronce macizo. ¿Cómo pudo Bulberry realizar la substitución?

—Vaciando anticipadamente un marco idéntico, o tal vez cambiando la placa posterior del marco, armazón sólida, por la ya preparada para engarzar las restantes piedrecitas. Esto lo sabrá usted mejor que yo, puesto que el marco me asegura que sigue en posesión de Karina Rinaldo.

—Lo estaba a las siete y cuarto, cuando telefoneé desde Malone Falls. Y previne la posible visita de dos mal encarados sujetos. ¿O son bien parecidos Pat Riley y Harold Holt?

—No están mal.

—Explicado, pues, por qué Burnett tanteaba la radio, extrayendo cada visita una cajita... sudando mucho para destornillarla, y tanteaba el marco, estudiando cómo deslastrarlo lenta y pacientemente. Falta lo principal, Sanders.

—Ultimar nuestro trato.

—¿Por qué si era Burnett el que lo sabía resulta ahora que, muerta Mabel, usted tiene los diamantes?

—Pregunta capciosa, pero no insisto. Conocí a Burnett casualmente. Me extrañó su concomitancia en visitar a Karina y a Mabel, las dos únicas mujeres a que pudo referirse Bulberry en su mensaje de adivinanza. Yo sondeé a Mabel. Era sincera en sus asustadas protestas de ignorar el menor indicio del escondite de los diamantes. Dijo que Bulberry, no fiándose de nadie, si no los tiró al mar a nadie diría dónde los escondió. Y volviendo a Burnett, confirmo mi anterior aserto.

—¿Cuál?

—Semejanza en nuestra actividad negocial. Hice vigilar a Burnett... Desagradable, muy desagradable.

—No es grato saber que Burnett era el hombre que podía aplicarle a usted una corriente elevada, ¿verdad, Sanders?

—No coincidimos en su sentido del humor. Burnett admitió que en sus últimos instantes, Bulberry dijo incoherencias. Y él las convirtió en claras. Una radio, la estúpida oca de Mabel, un retrato, y el estúpido cariño familiar de Karina... No son más estas cínicas expresiones, sino las muy respetables de un hombre conducido al sillón de los imbéciles.

—Y usted, sabiendo ya dónde se hallaban los diamantes, ¿iba a detenerse en esperar la paciente recuperación hecha por Burnett, pudiendo llevarse radio y portarretratos? No encaja, no.

—Sólo logré relacionarme con Burnett ayer.

—Ah... ¿Y sabe ya que Burnett, asustado al ver que habían matado a Mabel para robarle una radio, ha huido al Canadá?

—Lo lamento. Las doce piedras que faltan ya sabe, pues, dónde están. En algún lugar del Canadá.

—¿Y sabe usted que Burnett esta tarde, a las seis, me largó un escopetazo?

—Lo lamento. Estoy comprobando melancólicamente su fallo.

—Y ya hemos llegado a dónde quería usted. Yo acuso a Preston Burnett de haberme querido matar. Y de haber pagado a un desconocido para matar a Mabel. ¿Quién sabía que yo estaba en la cornisa de Oswego? Burnett. ¿Quién sabía que Mabel esperaba en el parador inútilmente? Burnett.

Más quedamente murmuró, tras una corta pausa, Mortimer:

—Y también Hazel Burnett.

CAPÍTULO XIII

—Mi enhorabuena, Mortimer. Debí conocerle antes.

—Nunca es tarde si la dicha es buena. A las seis y media comete Hazel dos errores. Si su tío estaba ausente, lo lógico era preguntarme si lo había encontrado. Si había venido a reunirse conmigo, ya que fingió ver de pronto que el coche de Burnett no estaba en el cobertizo a la vista. Error psicológico.

—De poca monta. No hile tan delgado.

—Vamos a la sogá. «¿Conoces a Cecil Sanders, Hazel?».

Entorna ella las pestañas, y candorosamente replica que ni idea. No conoce a tal fulano. Me pongo sarcástico, y ella empieza a inquietarse.

—Seguramente desde algún lugar donde no hubiera demora, le telefoneó a usted mi visita al «Ringbow». Yo, a las nueve en punto, sacando el máximo a este cacharro, llegué al archivo permanentemente a disposición de consulta para los agentes de seguros. El registro alfabético de asegurados evita, a los que trabajan pólizas, gastar suelas en vano. Está usted asegurado por varios agentes, contra enfermedad, accidente, incendios... Uno de los agentes es Hazel Burnett.

—Negó conocerme por pudor. Somos seductores... amigo mío.

—Usted es el prototipo de hombre para volver loca a una chiquilla sin amores, como Hazel, que espera al príncipe azul. No el caballero andante, sino el aventurero turbio, elegante, de sienes plateadas, conocedor de vinos, poesías y mujeres.

—Favor que usted me hace.

—Yo visito a Burnett el viernes por la mañana. A Mabel, por la tarde. Indispuesto el señor Burnett. Asesinada Mabel. ¿He desatado yo la epidemia? Burnett nunca hubiera tratado con usted. Es sincero en su repulsión al asesino presunto o convicto. Y además, sabía que con usted no valen tratos privados. Pero si le dice usted a la sensible

Hazel que su tío es el verdugo...

—Ella se horroriza. Clama su desprecio. Anonadada, porque él la quiere. Prosiga, Mortimer.

—Confiesa que no puede resistir el desprecio del único ser que quiere en el mundo: Hazel. Puramente, supongo.

—Bien supuesto. Hazel fue honesta... hasta que me conoció.

—Dan ganas de romperle la cara, Cecil.

—Tiene los nudillos doloridos ya, Rick. Voy a abreviar su cerebral deducción. Hazel Burnett tuvo el buen gusto de enamorarse locamente de mí. Pero teniendo yo cariño a mi independencia, afirmé con eufemismos que no me enfrentaría con el problema misterioso del matrimonio hasta no tener una sólida posición económica. Vivo al día, lujosamente, pero al día. Y soy un soltero de principios arraigados. Una millonaria tonta y soberbia, ¡qué horror! Pero Hazel Burnett, inteligentísima, muy sumisa, no era millonaria. Su vida secreta era un delicioso tormento romántico. Yo era el adorador secreto, clandestino...

—Abrevie.

—Cuando confesó Burnett que podía darle a ella una vida de millonaria, si no cumplía su amenaza de marcharse, ella se rió. Desdeñosa. ¿Un verdugo, darle vida de millonaria? Y entonces, el pobre verdugo cariñoso citó la radio, citó el portarretratos. Su paciente recuperación piedra por piedra de la radio. Las enseñó, y dijo que si Hazel quería, podían llevarlas a la compañía aseguradora. A usted.

—Hazel acudió a usted, preferentemente, por orden de antigüedad. Usted la encontró primero.

—En efecto. Y acababa de dejar en postrado ánimo a su tío.

—Usted sugirió a Hazel que propusiera huir con todo a su tío Preston.

—Un momento. No sugerí nada. Fue la propia Hazel la que quiso demostrarme su gran amor.

—¡Y barrer los tres obstáculos! Yo, el tercero.

—Hazel es demasiado refinada para matar... ni siquiera a usted, que podría conceptuarse tal acción como simple labor depuradora.

—Pero Mabel murió... para que no pudiera protestar por la desaparición de su querida radio.

—Una precipitación por parte de alguien. No mía.

—Y Burnett, con su remordimiento, o que no habría consentido que su sobrina pasara la luna de miel en el Canadá, con usted. Y yo, pisando los talones de la presa. Eliminar a Burnett era sensato, desde su punto de vista. Casi una obra depuradora, para una refinada discípula suya, Sanders.

—Si Burnett ha muerto, consulte la hora forense, y me encontrará a mi muy lejos, al igual que a mis dos secretarios. No soy instigador de románticas enamoradas. Hablan o cometen errores. Ella ayer noche me entregó cincuenta diamantes, los del soporte de la radio. Posiblemente trataría de visitar a Karina, y proponerle un seguro. Un portarretratos...

—Hay dos boxeadores alternándose, o juntos, velando por el contenido entero de la habitación de Karina.

—No es asunto mío. Cedo cincuenta diamantes recuperados, al mejor postor. ¿Usted? ¿Su compañía? Es legal la subasta.

—Han detenido a Hazel, bajo mi responsabilidad. ¿No teme lo que ella pueda decir?

—Está lo que yo puedo demostrar. Y estoy en mi perfecto derecho de ciudadano al que entregan diamantes, de pedir el precio ofrecido por la compañía aseguradora. El resto... torpezas y precipitaciones de una mujercita nerviosa.

—¡Que pudo volarme la cabeza!

—Su único error lamentable, porque es el que la pierde.

—¿Duerme usted bien, señor Sanders?

—Pasablemente. ¡Cuidado!

En el garaje hicieron un presupuesto anticipado de reparaciones del tapizado, parabrisas, volante y cristales laterales.

En el dispensario de la Comisaría del distrito octavo, calificaron de pronóstico reservado las lesiones de Rick Mortimer.

De «menos graves» las del elegante Cecil Sanders.

EPÍLOGO

—Da el aviso para que me sea transmitido, y se reúne con su tío. Pasa él conduciendo. Lo encontraron despeñado y con una escopeta a la que faltaba un cartucho. Pero ella empleó otra carretera para llegar antes que yo al «Platsburg». Hay tormentas ocultas en cerebros de mujer enamorada, y matar a Mabel, que se disponía a visitar a su tío Preston, se imponía, ya que ha confesado que ella no aceptó dejar en paz a Preston Burnett. Hazel estaba ya convertida en discípula hipnotizada de Sanders, que le haría alguna disertación sobre el asesinato considerado un arte y una depuración. Matar a un verdugo... Matar a una mujerzuela... Aprisa, antes de que Burnett se dé cuenta de que es llevado por su sobrina a un despeñadero y no a una huida. Antes de que se dé cuenta de que es ella la que mató a Mabel... Pero no hay justicia si no es condenado Sanders por inductor inmoral.

—Ella confesó de plano, ante el cuerpo de su tío, y a tenor de mi interrogatorio basado en su escrito, Rick. Lo hizo todo por él. Para viajar con él por los mares del Sur, por playas de moda. Fascinante seducción la de Sanders. Le inculpan de autor moral, pese a lo que declara Hazel, dispuesta a salvarle a él hasta el propio acumulamiento. Bastó sugerir a Hazel que era, Sanders el autor de los dos crímenes, como inductor. Lo defendió como no lo hará el mejor abogado. Pero siempre tendrá unos años por encubridor, ya que sabía la procedencia de los cincuenta diamantes, que escondía en el hueco de su bastón. Procedían de una radio robada a una asesinada corista. De todos modos, usted quedó satisfecho. Cincuenta mil dólares.

—¡Y haberle roto la sonrisita a Sanders!

—Le machacó usted la cara, y si no llega a intervenir la policía, atraída por el escándalo de la pelea, lo mata usted.

—Me falló, como el escopetazo de Hazel Burnett.

—No se porta mal el amiguito pegando —dijo Fosco Darby.

—Estás muy ufano, desde que le diste por «chiripa» a Russ Flanagan. Esto es para usted, Karina.

Leyó ella el alargado papel, y sus manos temblaron.

Battling Crazy rió estrepitosamente, y canturreó:

—¡Cinco mil, cinco mil dolarcitos! Paga la compañía no sé qué... La mercería y perfumes a modo... Ya la tenemos, compadre. Ya la tenemos, Karina. ¿Y esto qué es, patrón?

—La compañía «Blummen» agradece los servicios prestados que condujeron a la obtención de los diamantes.

—Yo nada hice —se defendió el negro, tendiendo el segundo cheque a Fosco Darby.

Éste dijo hoscamente:

—Yo menos. Eso es tuyo también, chiquita. Por tenerle cariño a tu retrato de familia.

—Es tuyo, Fosco, y de Battling. Así podréis entrenaros solos, y no limpiar más esta pensión... que...

—Vamos, vamos... —dijo muy elocuentemente el boxeador...

Llorando, ella ocultó el rostro en el amplio torso.

Y dijo:

—Ya no más mercado ni bailes... ni pensión... ni boxeo.

—¿Eh? —masculló Fosco Darby.

—¡No boxearás más!

Rick Mortimer tocó en el hombro al embelesado negro, y le señaló la puerta. Ambos salieron al pasillo, y dijo Mortimer:

—Terminarán casándose, Battling. Se veía venir. Y él no boxeará más. Te lo digo yo, Battling.

—Si usted lo dice así, tan firme... Oiga, patrón... ¿qué tal un color verde pálido para el uniforme que me hará Karina? Yo abriré la puerta de la mercería.

—Tú no abrirás puertas. Trabajo te sobraré con limpiarles las narices a los Darby Rinaldo que vayan presentándose. Y vamos a soplarnos unas cervezas a modo. Dispones de dos mil quinientos dólares.

—¿Sí? ¿Dónde?

—La mitad del segundo cheque. Está a nombre de Fosco y tuyo.

—Entonces présteme cinco dólares, y yo invito. Ya se los devolverá Karina... Ella administra, patrón. Lo dijo Fosco. Pero,

escuche... ¿no le parece que un color verde pálido, con dorados en la gorra y en las bocamangas me iría delicioso? Y la gente acudiría al verme ante la puerta de la mercería. Se acuerdan aún de Battling Crazy, ¡vaya si es verdad!... Gracias por el préstamo, y cóbrese el medio que le debo.

—Administra Karina, campeón.

Pocas veces se veía a un negro desastrado, cantando en estrecho enlazamiento de hombros, con un blanco algo deteriorado, pero muy alegre el semblante.

Bebían cerveza entre copla y copla. T era contagiosa la risotada feliz del «sonado» excampeón negro.

Eso comentó Fosco Darby cuando encontró a la pareja. Era mucho más estética la que él formaba con Karina Rinaldo.

FIN



No podía defenderse legítimamente y era ya demasiado tarde para acudir a la policía: las emisoras móviles de 20 Estados reclamaban a Benjamin Kane como culpable «*asesinato*». Pero Kane era inocente, no sentía el menor deseo de justificar el sueldo del verdugo... ¡y

le sobraban fuerzas para escarbar la tierra hasta dar con el asesino!

UN CADAVER A MEDIDA

es el título de esta dinámica novela, saturada de intriga y emoción, última de las escritas por el inteligente autor

Charles Mitchell

y en cuyas páginas discurre, vigorosa, espectacular e impresionante, la colosal lucha de un solo hombre contra la torva conjura de un puñado de pistoleros a sueldo... Pero hay algo más, amigo lector, algo que le hará estremecer: ¿quién es en realidad Benjamin Kane?

UN CADAVER A MEDIDA

una novela inolvidable para una gran Colección:

SERVICIO SECRETO

que se la ofrecerá en su próximo número!

